

COLECCIÓN VIRTUS

LA ACEDIA

**Apuntes psicológicos y
espirituales del “mal del desencanto”**

Virtus/20

P. Miguel Ángel Fuentes, I.V.E.



EDIVE

San Rafael (Mendoza) Argentina – Año 2013

Imprimatur
R.P. Ricardo E. Clarey, I.V.E.
Superior Provincial

Fuentes, Miguel Ángel

La acedia : apuntes psicológicos y espirituales del mal del desencanto
. - 1a ed. - San Rafael : Del Verbo Encarnado, 2013.
80 p. ; 21x14 cm. - (Virtus; 20)

ISBN 978-987-9438-44-2

1. Moral. I. Título
CDD 170

Fecha de catalogación: 19/02/2013

Primera Edición – 2000 ejemplares

© 2013 – Ediciones del Verbo Encarnado
El Chañaral 2699 – CC 376
(5600) San Rafael – Mendoza
Argentina

Tel. +54 (0)0260 – 4430451
ediciones@iveargentina.org
www.edicionesive.org.ar
www.iveargentina.org

La palabra griega ἀκηδίας (akêdías), aparece tres veces en la versión griega del Antiguo Testamento –los LXX– (Sal 118,28; Sir 29,5; Is 61,3). La Vulgata la traduce por *taedium* (tedio) y *maeror* (tristeza profunda). No aparece en la versión griega del Nuevo Testamento.

La encontramos entre varios autores paganos como Empédocles, Hipócrates, Luciano y Cicerón. El término griego, con el sentido de tedio, tristeza y pereza espiritual, se latinizó como *acedia*, *acidia* o *accidia*.

Los Santos Padres y los autores eclesiásticos le otorgaron gran importancia en la lucha espiritual. Fue estudiada por Juan Casiano, San Juan Clímaco, San Juan Damasceno, Isidoro de Sevilla, Alcuino... y numerosos escritores orientales y occidentales de todos los siglos cristianos. Casiano la define como: “*taedium et anxietas cordis, quae infestat anachoretas et vagos in solitudine monachos*” (tedio y ansiedad del corazón que afecta a los anacoretas y a los monjes que vagan en el desierto). Los Padres del desierto la llamaron “terrible demonio del mediodía, torpor, modorra y aburrimiento”. Guigues el Cartujo describió su insidia diciendo: “Cuando estás solo en tu celda, a menudo eres atrapado por una suerte de inercia, de flojedad de espíritu, de fastidio del corazón, y entonces sientes en ti un disgusto pesado: llevas la carga de ti mismo; aquellas gracias interiores de las que habitualmente usabas gozosamente, no tienen ya para ti ninguna suavidad; la dulzura que ayer y antes de ayer sentías en ti, se ha cambiado ya en grande amargura”¹.

¹ Citado por Vansteenbergh, A., *Paresse*, Dictionaire de Théologie Catholique, XI, col. 2026.

1. Acedia pasional y acedia espiritual

Internándonos en este fenómeno, observamos que con el término acedia designamos tres realidades distintas aunque relacionadas entre sí.

a) Acedia sensible

Dice Santo Tomás: “la acedia puede considerarse ante todo como un acto del apetito sensitivo”². Es la acedia o tedio pasional. Se trata de una de las especies de la pasión de la tristeza. San Juan Damasceno la menciona al dividir la tristeza, tomando en cuenta su intensidad, en: *angustia o ansiedad*, que es la tristeza que oprime de tal modo el ánimo que llega hasta impedir la huida (angustia proviene de angosto) y no deja vislumbrar consuelo alguno; *taciturnidad* (en griego *achos*) que es la tristeza que oprime al punto de impedir el habla; y *acedia*, que él describe como tristeza que aplasta al punto de inmovilizar a la persona impidiéndole obrar³.

Esta acedia suele describirse como “una inclinación a reposar y rehuir el trabajo”, efecto del desorden de la naturaleza ocasionado por el pecado original, parte de la concupiscencia desordenada o tendencia a desear bienes sensibles contrarios al bien integral de la persona (*fomes peccati*⁴). En cuanto consiste en un desorden de la

² Santo Tomás, *De malo*, 11, 1.

³ Cf. Santo Tomás, In *III Sentiarum*, d. 26, q. 1, a. 3.

⁴ Cf. *Catecismo de la Iglesia católica*, n. 1264.

sensualidad no es más que un “movimiento imperfecto” mientras la voluntad no se rinda a él⁵.

Como todas las pasiones (movimientos del apetito sensible que siguen a una aprehensión sensible y se acompañan siempre de alteraciones físicas), admite una doble versión. Hay una *acedia que es pasión corporal*: esta se origina en una indisposición física, la cual, por la repercusión que los desórdenes orgánicos intensos tienen en toda la persona, desencadena el suceso pasional, moviendo primero a las potencias imaginativas a producir (o recordar) imágenes penosas, de lo cual se sigue la conmoción afectiva. Y hay otra *acedia que es pasión anímica*: esta se origina directamente en la actividad de las potencias cognoscitivas e imaginativas (fantasía o cogitativa) sin ser precedida por alguna perturbación corporal, la cual surgirá más bien como consecuencia.

La percepción sensible del mal entristecedor nace en última instancia del amor instintivo a la propia unidad. Nuestro cuerpo es una realidad compuesta de contrarios, y como tal sufre el desgaste y el deterioro (y a la postre la muerte)⁶; pero no es una mera yuxtaposición de elementos sino una unidad, y como tal, posee amor instintivo a la conservación de esa unidad. Este amor instintivo es, como explica Santo Tomás, el origen último de la tristeza y del dolor, que surgen cada vez que algo amenaza dividir, destruir y minar la propia unidad⁷. De aquí la displicencia ante toda actividad espiritual que exija algún tipo de esfuerzo desgastante o, cuanto implique una “enérgica inactividad” (y llamo así al reposo físico exigido por cierta actividad intelectual y volitiva, como la meditación, que es, por un

⁵ Cf. Santo Tomás, *De malo*, 11, 3, obj. 8 y ad 8.

⁶ Tanto la enfermedad como la muerte se consideran naturales por razón del cuerpo, aunque no por razón del alma, como explica Santo Tomás: “La forma del hombre es el alma racional, que es esencialmente inmortal. Por tanto, la muerte no es natural al hombre por razón de su forma. Pero la materia del hombre es su cuerpo, que está compuesto de elementos contrarios entre sí, de lo cual se sigue el que sea naturalmente corruptible. Bajo este aspecto, la muerte es natural al hombre” (Santo Tomás, *Suma Teológica*, II-II, 164, 1 ad 1). De todos modos, hay que tener en cuenta que en el plan original de Dios para el hombre, esta descomposición natural de la materia corporal humana estaba impedida, en pro del alma inmortal, por el don preternatural de la inmortalidad, que se perdió por el pecado original; de este modo, la muerte se considera “natural” si se analiza la realidad corruptible del cuerpo, pero es “penal” si se tiene en cuenta que tal corruptibilidad no habría afectado al hombre de permanecer fiel a Dios.

⁷ Cf. Santo Tomás, *Suma Teológica*, I-II, 36, 3, 1-3.

lado, inactividad corporal, pero por otro implica un gran dominio volitivo sobre el cuerpo al que le es connatural cierto movimiento; de ahí que nos cueste tanto estar realmente quietos y en reposo, fuera de los momentos del sueño, los cuales, por otro lado, no conllevan actividad intelectual).

El objeto de esta acedia es un mal presente (como toda tristeza) pero sensible (de lo contrario no se trataría de la tristeza pasional). Lo propio y específico de ella es la repugnancia que nuestra sensibilidad percibe y experimenta ante ciertas actividades del espíritu⁸. Por nuestra unidad substancial la actividad de nuestras potencias espirituales está ligada necesariamente a la actividad del cuerpo; y toda actividad espiritual (entender y querer) exige la labor de nuestras potencias cognoscitivas sensibles y de nuestra afectividad, e implica también una acción corporal. Este esfuerzo psicofísico puede ser percibido como un mal por cuanto repugna a la sensibilidad y produce, por ende, un displacer, un disgusto, una amargura.

Como consecuencia, la acedia, como toda tristeza, desencadena otras pasiones. Ante todo, el odio, en el sentido de *aversión* a aquello que disgusta; y luego la *fuga* de esa actividad que fastidia, que puede darse a modo de completa inactividad (o sea, *no hacer* la obra que produce tristeza) o de *fuga a través de la actividad*, es decir, hacer otras acciones que *distraen* de la que disgusta. Todos estos son modos de pereza, con la que se relaciona mucho esta acedia.

La acedia pasional, como cualquier pasión, no es, en sí ni buena ni mala, porque su objeto no es el bien de la actividad considerado malo, lo que ya implica un juicio de valor, sino, como hemos dicho, el esfuerzo que implica para la sensibilidad la actividad espiritual. El bien y el mal de esta pasión comienzan en el momento en que la voluntad interviene sea para consentir con este disgusto y huir desordenadamente de él, sea cuando lo enfrenta virilmente haciendo lo que debe hacer a pesar del fastidio que causa.

⁸ Se contrapone, en este sentido, a otras formas de tristeza consideradas según su objeto: la *compasión* (tristeza del mal ajeno estimado como mal propio), la *envidia* (tristeza del bien ajeno estimada como mal propio) y la *némesis* (palabra griega que significa indignación, horror, venganza divina; por tanto, es la tristeza por la prosperidad de los malos) (cf. Santo Tomás, In *III Sententiarum*, d. 26, q. 1, a. 3).

b) Acedia racional

Junto a la pasional, hay otra acedia racional: “la acedia... puede considerarse... en segundo lugar, como acto del apetito intelectual, que es la voluntad”⁹. Esta acedia “intelectiva” o “racional”, nace o bien de la voluntaria aceptación la acedia pasional (es decir, del no enfrentar con firmeza el fastidio del esfuerzo espiritual y ceder al impulso de llenar con actividades indebidas –o sea, ajenas al deber– ese vacío interior), o bien del percibir racionalmente un bien espiritual *humano o natural* como malo por fastidiar los gustos terrenos de la persona. Por ejemplo, el tedio por la reflexión seria, el hastío del filosofar, el enfado por el esfuerzo volitivo. Creo que se puede tomar en este sentido la definición de Santo Tomás: “la acedia es una forma de la tristeza que hace al hombre lento para aquellos ejercicios del espíritu a causa de la fatiga corporal”¹⁰.

Se le ha encontrado algunas afinidades con la depresión, el “mal oscuro”, aunque no coincide plenamente con este fenómeno psíquico, porque la acedia, a diferencia de aquella, puede vivirse con ánimo eufórico, muy activo y operoso, unido, sin embargo a una parálisis en torno a la vida espiritual¹¹.

El que esta acedia sea esencialmente espiritual no significa que no se acompañe ordinariamente de la acedia pasional, es decir, sensible. A veces porque nace precisamente como voluntaria rendición ante la acedia pasional, y otras porque los movimientos de las potencias espirituales, si son muy intensos, pueden redundar sobre el cuerpo, originando así una pasión sensible: “Las pasiones del alma pueden vincularse con el juicio de la razón [entre otras maneras] *a modo de redundancia, a saber, porque cuando la parte superior del alma se mueve intensamente hacia algo, la parte inferior sigue también su movimiento. Y así, la pasión que surge consiguientemente en el apetito sensitivo es señal de la intensidad de la voluntad*”¹². Y también: “Por la unión entre las potencias del alma en una esencia, y del alma y del cuerpo en un ser compuesto, las potencias superiores

⁹ Santo Tomás, *De malo*, 11, 1.

¹⁰ Santo Tomás, *Suma Teológica*, I, 63, 2 ad 2.

¹¹ Cf. Cucci, Giovanni, *Il fascino del male. I vizi capitali*, Roma (2008), 314.

¹² Santo Tomás, *Suma Teológica*, I-II, 24, 3 ad 1.

y las inferiores y también el cuerpo y el alma, *se influyen entre sí lo que en alguno de ellos sobreabunda*; y de ahí que de la aprehensión del alma cambia el cuerpo según el calor y el frío, y alguna vez también hasta la salud y la enfermedad y hasta la muerte; pues sucede que alguien contrae la muerte por el gozo o la tristeza o el amor. Y de ahí que de la misma gloria del alma se hace la redundancia glorificando el cuerpo (...); y análogamente sucede lo contrario: que el cambio del cuerpo redunde en el alma. Pues al alma unida a su cuerpo imita sus complexiones según la locura o la docilidad y otras cosas de este estilo. De modo semejante también, de las potencias superiores se hace la redundancia en las inferiores, de modo que *al movimiento intenso de la voluntad sigue la pasión en el apetito sensual; y de la intensa contemplación se retraen u obstaculizan las potencias animales de sus actos*; y al contrario, de las potencias inferiores se hace la redundancia en las superiores, como cuando de la vehemencia de las pasiones existentes en el apetito sensual se oscurece la razón, de modo que juzgue como simplemente bueno eso acerca de lo cual el hombre es afectado por la pasión”¹³.

c) Acedia (anti)teologal

Y, finalmente, señalamos la acedia de la que principalmente nos ocupamos en este estudio, que consiste en una tristeza espiritual del bien interior espiritual y *divino*. Es acedia espiritual, como la anterior, pero con un objeto muy específico. Éste es el bien espiritual que es *objeto del gozo caritativo*, que es percibido como un mal entristecedor. Por esta razón resulta obvio que no pueda entenderse adecuadamente sin comprender en qué consiste dicho gozo divino.

El gozo caritativo es “gozo de la divina sabiduría”, dice Santo Tomás¹⁴. Es uno de los tres actos de la caridad divina: el amor o dilección de Dios, el deseo de Dios y el gozo de Dios. No es, pues, diverso de la virtud de la caridad sino uno de sus actos o efectos¹⁵. Como gozo implica la percepción de un bien presente y poseído y el descanso en él. El objeto del gozo es Dios, pues es Dios el objeto

¹³ Santo Tomás, *De veritate*, 26,10.

¹⁴ Santo Tomás, *Suma Teológica*, I-II, 28, 2, sed contra.

¹⁵ Cf. Santo Tomás, *Suma Teológica*, II-II, 28, 4.

de la caridad; y por extensión, todo lo que nos pone en relación con Dios (la vida teologal), lo que nos permite ofrecer a Dios el culto que se merece (la oración, las penitencias, los actos de piedad, etc.; es decir, todo lo que pertenece a la virtud de la religión), y lo que es reflejo o participación de Dios. El gozo divino no se pierde por la sequedad del alma ni por la noche oscura de la fe, porque no debe confundirse con el deleite accidental que puede darse o no darse en esta vida. El alma que padece las tremendas tinieblas de la noche oscura o purificación espiritual *no se entristece de Dios* sino de no poder reposarse en Él como quisiera; no halla consuelo en las cosas de Dios pero las considera, sin embargo, el máximo bien para su alma. Por eso el gozo caritativo es compatible con lo que san Pablo llama “tristeza según Dios” (2Co 7, 10), es decir, ordenada y sobrenatural¹⁶.

Este “deleite que proviene de la caridad –al que se opone la acedia– es necesario a la vida espiritual como la misma caridad”, dice el Aquinate¹⁷. Por tanto, no podemos suponerlo ausente ni siquiera en la persona que padece sequedad y desolación espiritual.

Deleite y gozo deben ser entendidos, por tanto, principalmente como descanso y reposo en el bien divino, y también como *valoración* de las cosas de Dios como *buenas y deseables por sí mismas*. Por eso dice Santo Tomás que cae bajo el precepto de santificar el día de descanso, que manda que el alma repose en Dios¹⁸. “El contenido del precepto no es pues primariamente una interrupción del

¹⁶ En este sentido debe entenderse lo que dicen los místicos como San Juan de la Cruz cuando describen la purificación de los sentidos diciendo que “no se halla gusto ni consuelo en las cosas de Dios, ni tampoco en alguna de las cosas creadas, porque, como pone Dios al alma en esta oscura noche a fin de enjugarle y purgarle el apetito sensitivo, en ninguna cosa le deja engolosinar ni hallar sabor. Y en esto se conoce muy probablemente que esta sequedad y sinsabor no proviene ni de pecados, ni de imperfecciones nuevamente cometidas... Y en esto se ve que no sale de flojedad y tibieza este sinsabor y sequedad; porque de razón de la tibieza es no se le dar mucho, ni tener solicitud interior por las cosas de Dios... La que es sólo sequedad purgativa, tiene consigo ordinaria solicitud con cuidado y pena, como digo, de que no sirve a Dios... Cuando es puro humor, todo se va en disgusto y estrago del natural, sin estos deseos de servir a Dios que tiene la sequedad purgativa, con la cual, aunque la parte sensitiva está muy caída, floja y flaca para obrar, por el poco gusto que halla, el espíritu, empero, está pronto y fuerte” (*Noche oscura*, 1. I. c. IX).

¹⁷ Santo Tomás, *De malo*, 11, 3 ad 7.

¹⁸ Cf. Santo Tomás, *De malo*, 11, 3 ad 2.

trabajo, sino la celebración de las maravillas obradas por Dios”¹⁹. El descanso mandando por Dios bajo precepto, exige que ese tiempo –el domingo, para nosotros los cristianos– sea dedicado a Dios, al recuerdo de las maravillas de Dios, a la contemplación y a la oración. Es decir, al ejercicio del gozo caritativo, a gozarse en Dios, o reposar en el pensamiento y en la contemplación de Dios, a rezar y a reflexionar y a ejercitar las virtudes cristianas. Este acto particular de la caridad no se circunscribe a un solo día semanal, sino que *al menos ese día* hay que respetarlo obligatoriamente bajo pena de pecado.

¹⁹ Juan Pablo II, *Dies Domini*, 17.

2. Tedio y ansiedad de corazón

Desde la perspectiva del *gozo espiritual* podemos comprender mejor el sentido de la acedia espiritual, vicio que se le opone diametralmente, por el cual las realidades divinas aparecen como un mal entristecedor.

A decir verdad, hay dos tradiciones espirituales distintas sobre la acedia. Una primera, que se remonta a Casiano y a una parte del monaquismo oriental, ve la acedia casi equiparada con la pereza, definiéndola como una *pereza espiritual*, y tiene eminentes seguidores, como San Isidoro de Sevilla y muchos escritores ascéticos²⁰. La segunda, que tiene por fuente principal a San Gregorio Magno, la considera un modo de tristeza²¹. Santo Tomás conoce ambas tradiciones pero se inclina por la gregoriana:

“San Isidoro, en el libro *De Summa Bono*, [dice que]... acidia es entregarse a la quietud indebida (...) También Casiano, en el libro *De coenobium institutionibus*, distingue la tristeza de la acidia, pero de modo más conveniente San Gregorio llama a la acidia tristeza. En efecto, (...) la tristeza no es vicio distinto de los demás por el hecho de abandonar la tarea pesada y laboriosa, o por cualquier otra causa que produzca tristeza, sino sólo por entristecerse del bien divino. Y esto entra en la definición de la acidia, que se entrega a una inacción culpable en la medida en que desprecia el bien divino”²².

²⁰ Cf. Casiano, Juan, *De coenobium institutionibus*, PL 49.

²¹ Cf. Gregorio Magno, *Moralia in Job*, PL 76.

²² Santo Tomás, *Suma Teológica*, II-II, 35, 4 obj. 3 y ad 3.

Nótese bien el acento puesto sobre esa formalidad: “en la medida en que desprecia el bien divino”; es el desprecio del bien sobrenatural (por decepción y frustración del mismo) lo que dispara la huida del bien (pereza) y los demás vicios que nacen de la acedia.

Y con más claridad todavía:

“No se puede decir que la acidia sea vicio especial por rehuir lo que es trabajoso o molesto al cuerpo, u obstáculo para sus placeres, ya que todo esto no distinguiría a la acidia de los vicios carnales que llevan a buscar el descanso y deleite corporal (...) La acidia es el nombre que se da al vicio especial que consiste en sentir tristeza del bien divino, del que se goza la caridad”²³.

En varios lugares repite el Santo Doctor la misma idea: “la pereza (*pigritia*) se opone a la diligencia (*sollicitudo*), en cambio, la acedia al gozo”²⁴. Por tanto, la *pereza* es defecto opuesto al acto externo de la prudencia (imperio de ejecución), al ser una “tardanza en la ejecución”, emparentándose con la *indolencia* que es “ejecución remisa”, y ambas con la *negligencia* que afecta al acto interior de la prudencia. Son vicios, a la vez, derivados de la acedia, aunque distintos de ella, porque al ser esta una “tristeza que apesadumbra”, pone obstáculos a la intención de obrar²⁵.

A la pereza (*pigritia*) Santo Tomás no dedica ninguna cuestión ni artículo especial; pero la definición que da de ella y el relacionarla con el temor (“temor del mismo obrar por razón del trabajo que

²³ Santo Tomás, *Suma Teológica*, II-II, 35, 2.

²⁴ Santo Tomás, *Suma Teológica*, II-II, 35, 2 obj. 3. La sollicitud o diligencia (rapidez para emprender lo que debe obrar), cuyo vicio opuesto es la pereza, es una de las partes de la prudencia (II-II, 47, 9; cf. obj. 3; II-II, 133, 2 obj. 2).

²⁵ Al estudiar la negligencia plantea Santo Tomás la siguiente objeción: “La negligencia parece identificarse con la pereza, o la indolencia, que pertenece a la acedia, como expone San Gregorio en XXXI *Moralia in Job*. Pero la acedia no se opone a la prudencia, sino a la caridad, como hemos expuesto (q.35 a.3). Luego la negligencia no se opone a la prudencia” (Santo Tomás, *Suma Teológica*, II-II, 54, 2 obj. 1). Y responde: “La negligencia implica defecto de un acto interior en el cual interviene también la elección. La pereza, en cambio, y la indolencia pertenecen al orden de la ejecución, aunque la pereza implica tardanza en la ejecución; la indolencia, empero, ejecución remisa. De ahí que sea adecuado hacer derivar la indolencia de la acedia, ya que ésta es tristeza que agrava, es decir, pone obstáculos a la intención de obrar” (Ibídem, ad 1).

implica”²⁶) la aproxima mucho a un vicio opuesto a la perseverancia que el Aquinate llama “mollities” (molice o blandura): “la esencia de la molice o blandura es el apartarse con facilidad del bien por dificultades que no puede soportar (...) Según Aristóteles, con toda propiedad se llama muelle (= blando) al que deja de hacer el bien por las molestias causadas por el hecho de obrar sin sentir placer, pues retrocede, por así decirlo, por motivos de poca importancia”²⁷.

El mismo Garrigou-Lagrange (quien es partidario de definirla como pereza espiritual) describe la acedia como “cierto disgusto de las cosas espirituales, que hace que las cumplamos con negligencia, las abreviemos o las omitamos por fútiles razones. La acedia es el principio de la tibieza”²⁸. Por tanto, una cosa es el disgusto o tristeza, y otro lo que se deriva de este disgusto.

Así, la pereza tiene una estrecha relación con la acedia, como vicio derivado de ella, según diremos más adelante, pero ésta, formalmente hablando, no es tanto una especial flojera para los actos buenos espirituales, cuando un entristecerse del mismo bien espiritual: *tristitia de bono spirituali*. Es una desazón de las cosas espirituales que prueban no solo los mundanos sino, en ocasiones y quizá solo como tentación a la que no consienten, las personas adentradas en los caminos de la perfección²⁹.

De todos modos, hay cierta diferencia entre la tristeza y la acedia, como la que se da entre una especie y el género al que esta pertenece. La tristeza es más amplia que la acedia; toda acedia es tristeza pero no toda tristeza es acedia.

En este mismo sentido de tristeza del bien fue entendida por varios autores del renacimiento espiritual español. La Puente, por ejemplo, la retrataba como “una tristeza o tedio de todas las obras de la vida espiritual, así de la vida activa como de la contemplativa, de donde procede que a todo lo bueno resiste y para todo inhabilita,

²⁶ Santo Tomás, *Suma Teológica*, I-II, 44, 4, ad 3.

²⁷ Santo Tomás, *Suma Teológica*, II-II, 138, 1.

²⁸ Garrigou-Lagrange, R., *Las tres edades de la vida interior*, Madrid (1988), t. I, 450.

²⁹ En algunos escritos anteriores (cf. *Educación de los afectos*, San Rafael [2007], 119-125; *La pereza y la acedia*, Rev. Diálogo 27, 41-68), siguiendo especialmente lo que decía Garrigou-Lagrange, he expuesto la acedia más en la línea de la pereza, pero actualmente considero que es más próxima a la tristeza.

y es lastimoso el estrago que hace”³⁰. También se la relaciona con *uno de los aspectos* de la “desolación” descrita por San Ignacio, de la cual el santo decía que “milita contra la alegría y consolación espiritual”³¹, es decir, se opone al gozo espiritual de la caridad.

De este modo, la acedia completa, junto a la envidia espiritual, la oposición al gozo caritativo: la envidia es la tristeza que se experimenta a causa de que algún prójimo participa del bien divino y la acedia es la tristeza del bien divino en sí mismo o en cuanto nuestra participación en el mismo exige la renuncia al amor carnal.

³⁰ La Puente, *Guía espiritual*, trat. IV, c. XVII, Madrid (1926), 957.

³¹ San Ignacio, *Ejercicios Espirituales*, n. 329. Esto vale para la acedia como tentación, o involuntaria; en cambio la *voluntaria*, según López Tejada, coincide con *uno* de los aspectos de la “desolación” ignaciana (“Llamo desolación, decía el santo,... [a] oscuridad de alma, turbación de ella, moción a las cosas bajas y terrenas, inquietud de varias agitaciones y tentaciones, moviendo a infidencia, sin esperanza, sin amor, hallándose toda perezosa, tibia, triste y como separada de su Criador y Señor”: *Ejercicios Espirituales*, n. 317); a saber, con el elemento dispositivo culpable que puede haber en ella. En efecto, en la desolación espiritual, explica este autor, “hay que distinguir dos elementos: uno negativo, la retirada o negación de las gracias palpables consoladoras; y otro positivo, el estado depresivo descrito. El primero es de origen divino. El segundo, de origen diabólico...” Por eso, en la desolación “Dios es causa permisiva...; el demonio, causa eficiente; y el hombre, causa dispositiva (culpable o inculpable)” (López Tejada, D., *Los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola. Comentario y textos afines*, Madrid [1998], 869). La acedia voluntaria (buscada o, al menos, no combatida) coincide con este último elemento cuando es culpable (Ibidem., 855-856).

3. “L'accidioso fummo”. Fenomenología acidiosa

Nuestro título procede de la magnífica expresión que Dante pone en boca de los tristes: *Tristi fummo / ne l'aere dolce che dal sol s'allegra, / portando dentro accidioso fummo*³²: “fuimos tristes bajo la dulce brisa que el sol alegra, [porque] llevamos dentro acidioso humo”.

Los Santos Padres nos han dejado varias descripciones de este morbo del alma. Transcribo un par de las más interesantes. La primera es de Evagrio Póntico, quien decía:

“La acedia es la debilidad del alma que irrumpe cuando no se vive según la naturaleza ni se enfrenta noblemente la tentación. En efecto, la tentación es para un alma noble lo que el alimento es para un cuerpo vigoroso. El viento del norte nutre los brotes y las tentaciones consolidan la firmeza del alma. La nube pobre de agua es alejada por el viento como la mente que no tiene perseverancia del espíritu de la acedia. El rocío primaveral incrementa el fruto del campo y la palabra espiritual exalta la firmeza del alma. El flujo de la acedia arroja al monje de su morada, mientras que aquel que es perseverante está siempre tranquilo. El acedioso aduce como pretexto la visita a los enfermos, cosa que garantiza su propio objetivo. El monje acedioso es rápido en terminar su oficio y considera un precepto su propia satisfacción; la planta débil es doblada por una leve brisa e imaginar la salida distrae al acedioso. Un árbol bien plantado no es sacudido por la violencia de los vientos y la acedia no doblega al alma bien apuntalada. El monje giróvago, como seca brizna de la soledad, está poco tranquilo y, sin quererlo, es suspendido acá y allá cada cierto tiempo. Un árbol transplantado no

³² Dante, *Divina Commedia*, Inferno, VII, 121-123.

fructifica y el monje vagabundo no da fruto de virtud. El enfermo no se satisface con un solo alimento y el monje acedioso no lo es de una sola ocupación. No basta una sola mujer para satisfacer al voluptuoso y no basta una sola celda para el acedioso. El ojo del acedioso se fija en las ventanas continuamente y su mente imagina que llegan visitas: la puerta gira y éste salta fuera, escucha una voz y se asoma por la ventana y no se aleja de allí hasta que, sentado, se entumece. Cuando lee, el acedioso bosteza mucho, se deja llevar fácilmente por el sueño, se refriega los ojos, se estira y, quitando la mirada del libro, la fija en la pared y, vuelto de nuevo a leer un poco, repitiendo el final de la palabra se fatiga inútilmente, cuenta las páginas, calcula los párrafos, desprecia las letras y los ornamentos y finalmente, cerrando el libro, lo pone debajo de la cabeza y cae en un sueño no muy profundo, y luego, poco después, el hambre le despierta el alma con sus preocupaciones. El monje acedioso es flojo para la oración y ciertamente jamás pronunciará las palabras de la oración; como efectivamente el enfermo jamás llega a cargar un peso excesivo así también el acedioso seguramente no se ocupará con diligencia de los deberes hacia Dios: a uno le falta, efectivamente, la fuerza física, el otro extraña el vigor del alma. La paciencia, el hacer todo con mucha constancia y el temor de Dios curan la acedia. Dispón para ti mismo una justa medida en cada actividad y no desistas antes de haberla concluido, y reza prudentemente y con fuerza y el espíritu de la acedia huirá de ti”³³.

San Juan Clímaco le dedica uno de los “peldaños” de su “Escala Espiritual” describiéndola con términos semejantes:

“Uno de los ramos que nacen de la locuacidad y mucho hablar, es la acidia o pereza, como arriba dijimos. Y por esto convenientemente se le da este lugar en esta cadena espiritual. Acidia es relajación del ánimo, muerte del espíritu, menosprecio de la vida monástica, odio de la propia profesión. Esta hace [considerar] a los seglares bienaventurados, y a Dios áspero y riguroso. Para el cantar de los salmos está flaca, para la oración enferma, para el servicio de casa como de hierro, para la obra de manos diligente, y para la obediencia pesada. El varón sujeto y obediente está lejos de la acedia, y con el ejercicio de las cosas sensibles aprovecha en las inteligibles. La vida monástica resiste a la acedia: lo cual por otra parte es tan perpetua compañera del monje solitario, que hasta la muerte no le dejará, y todos los días que viviere

³³ Evagrio Pónico, *De octo vitiosis cogitationibus*, cap. XIII-XIV.

le combatirá. Pasando la acidia par de la celda del solitario se sonrió y llegándose a las puertas de ella determinó hacer ahí su morada. Por la mañana en amaneciendo visita el medico los enfermos; pero la acidia visita los monjes al medio día. Esta nos encomienda el recibimiento de los huéspedes, y nos incita a que hagamos limosna del trabajo de nuestras manos. Nos amonesta también a visitar los enfermos alegremente, alegándonos para esto aquel dicho del Evangelio: «Enfermo estaba y vinisteis a mí». Nos dice que vayamos a consolar los tristes y pusilánimes: y siendo ella pusilánime, nos aconseja que vayamos a esforzar los que lo son. Estando en la oración nos trae a la memoria alguna cosa que nos conviene hacer; y careciendo ella de toda razón, no hay cosa que no haga por tirarnos de allí con cuerdas de razón. Todas estas obras nos aconseja, no con espíritu de caridad ni de virtud, sino para que bajo color de bien nos aparte de los espirituales ejercicios, por el gran trabajo y desabrimiento que recibe en ellos. Tres horas al día acarrea este espíritu de acidia calentura y dolor de cabeza, y otros semejantes accidentes; pero cuando se llega la hora de nona, puesta ya la mesa, resucita un poco, y salta de su lugar: y cuando vuelve el tiempo de la oración, torna a enflaquecerse y sentir pesadumbre. A los que están en la oración fatiga con sueño, y con importunos bostezos les quita el verso de la boca. Los otros vicios y perturbaciones cada uno se vence con su virtud contraria: mas la acidia es muerte perpetua de toda la vida religiosa. El ánima varonil y robusta levanta y resucita el espíritu muerto y caído: mas la acidia y la flojedad todas las riquezas de las virtudes destruye en un punto; pues a todos los buenos ejercicios cierra la puerta... Cuando no se llega la hora de cantar los salmos, no parece la acidia; mas al tiempo del oficio divino luego abre los ojos y resucita. En el tiempo que nos combate la acidia, entonces se descubre cuáles sean aquellos caballeros esforzados que arrebatan el Reino de los cielos; y apenas hay cosa que tanta materia de coronas dé al monje. Si consideras atentamente, hallarás que este vicio cansa a los que están en pie cantando los salmos; y a los que están asentados hace que se recuesten sobre la pared, porque estén más a su placer. Nos convida a salir de la celda, y hacer ruido o estruendo con los pies, por no poder tener el cuerpo quieto...”³⁴.

Como señala San Juan de la Cruz, la acedia, aunque acose al hombre espiritual a lo largo de toda su vida, es un defecto que aparece con más fuerza entre los principiantes en el camino de la per-

³⁴ San Juan Clímaco, *La escala espiritual*, escalón XIII.

fección, porque se relaciona con varios defectos que aquejan a estos: el mendigar sabor y consuelo de los actos espirituales, el buscar la propia voluntad en lugar de la Voluntad divina y el huir de la cruz:

“También acerca de la acidia espiritual, [los principiantes] suelen tener tedio en las cosas que son más espirituales y huyen de ellas, como son aquellas que contradicen al gusto sensible; porque, como ellos están tan saboreados en las cosas espirituales, en no hallando sabor en ellas las fastidian. Porque, si una vez no hallaron en la oración la satisfacción que pedía su gusto (porque en fin conviene que se le quite Dios para probarlos), no querrían volver a ella, o a veces, la dejan o van de mala gana. Y así, por esta acidia, posponen el camino de perfección, que es el de la negación de su voluntad y gusto por Dios, al gusto y sabor de su voluntad, a la cual en esta manera andan ellos por satisfacer más que a la de Dios. Y muchos de éstos querrían que quisiese Dios lo que ellos quieren, y se entristecen de querer lo que quiere Dios, con repugnancia de acomodar su voluntad a la de Dios³⁵. De donde les nace que, muchas veces, en lo que ellos no hallan su voluntad y gusto, piensen que no es voluntad de Dios; y que, por el contrario, cuando ellos se satisfacen, crean que Dios se satisface, midiendo a Dios consigo, y no a sí mismos con Dios, siendo muy al contrario lo que él mismo enseñó en el Evangelio (Mt 16,25), diciendo que el que perdiese su voluntad por él, ése la ganaría, el que la quisiese ganar, ése la perdería”³⁶.

³⁵ Esto manifiesta que pertenece al pecado de acedia lo que San Ignacio describe como “voluntad de segundo binario” en su célebre meditación de los “Tres binarios de hombres”: “El 2º [tipo de hombre] quiere quitar el afecto [es decir, el apego que tiene alguna cosa y que le está quitando la libertad de darse totalmente a Dios], más así le quiere quitar, que quede con la cosa adquirida [o sea, que a la postre termine quedándose con ella], de manera que allí venga Dios donde él quiere, y no determina a dejarla, para ir a Dios, aunque fuese el mejor estado para él” (San Ignacio, *Ejercicios Espirituales*, n. 154). Véase la casi equivalencia de las expresiones de Ignacio y Juan de la Cruz.

³⁶ San Juan de la Cruz, *Noche oscura*, I, c. 7, 2-4.

4. Psicología de la acedia

Si tratamos de describir la estructura psicológica de la acedia espiritual, podremos observar que entraña varios aspectos o dimensiones:

- Dispositivamente podemos encontrarnos, al menos algunas veces, con ciertas inclinaciones afectivas que inducen a forjarse un juicio deformado del bien.
- En el plano del conocimiento, implica una falsa percepción del bien: al acidioso le parece malo el bien espiritual.
- En el orden del afecto, y como consecuencia de lo anterior, se experimenta dolor en el bien espiritual.
- Esto, ejecutivamente, puede conducir tanto a una lentificación ascética, cuanto a una hiperactividad sensual (de huida del dolor y de búsqueda del placer).

La acedia espiritual, con o sin predisposiciones temperamentales u orgánicas, se origina propiamente en un *juicio acidioso*, esto es, un juicio por el cual se juzga malo y desolador algo que, en realidad, es bueno (y *muy* bueno). No se trata de un juicio especulativo (que podría darse también, pero que sería previo a este, por ejemplo, en un juicio que afirme que la virtud es amarga y antinatural) sino de un juicio práctico, llamado también juicio electivo o juicio de conveniencia; es el juicio por el cual juzgamos que algo es conveniente o inconveniente para nosotros aquí y ahora. Lo llamamos afectivo, porque al ser el juicio por el cual tomamos decisiones importantes,

recibe el influjo de las disposiciones morales de la persona, de sus pasiones y del conjunto de sus hábitos. Este juicio puede recibir un doble influjo afectivo: uno pasajero, que viene de las pasiones que pueden embargar circunstancialmente a la persona (por ejemplo, cuando alguien está dominado por un entusiasmo, o por arrebatos de ira, o por un ardor lujurioso). Otro más permanente, causado por los hábitos que haya adquirido (por ejemplo vicios mundanos, apegos, tendencias no purificadas...) ³⁷. La razón, por tanto, hace un juicio práctico acidioso, juzgando que este bien espiritual divino es amargo, desabrido, triste, pasado de moda, inútil, contrario a la naturaleza o incluso enemigo de ella..., tergiversando la realidad divina, a causa de sus afectos desordenados, que pueden ser tales o bien por estar dominado por alguna pasión transitoria, o bien por haber arraigado vicios. El P. Bojorge habla con mucha propiedad de “a-percepción” y de “dis-percepción del bien”: “Apercepción porque no se percibe el bien. Dispercepción, porque se lo percibe como un mal”; es decir, de una “distorsión de la percepción del bien” ³⁸. Para llegar a este juicio acidioso, sin embargo, la razón debe abandonar los caminos del sano razonar y del pensar guiado por criterios sobrenaturales y dar pie a lo que San Ignacio designa como “razones aparentes, sutilezas y asiduas falacias” ³⁹. Son “razones aparentes” aquellas destituidas de todo fundamento, dependientes casi totalmente de nuestra imaginación, y que, por eso, desaparecen cuando las enfrentamos a la realidad; son “sutilezas”, en cambio, los argumentos traídos por los pelos, finísimos y escrupulosos; “falacias o

³⁷ Los describe Santo Tomás diciendo: “El apetito [sensible] es inclinado a algo de dos modos; primero por las pasiones del alma; segundo por los hábitos. A causa de una pasión sucede que alguno juzgue que algo es bueno en un caso determinado, aquí y ahora, como el navegante que tiene miedo de naufragar, a causa de la pasión del temor considera bueno aquí y ahora arrojar sus mercaderías al mar; y al dominado por la lujuria le parece bueno fornicar... Pero el que alguien juzgue que algo es bueno en sí y de modo absoluto proviene, en cambio, de la influencia de sus hábitos...” (Santo Tomás, *In Ethicorum*, III, 13, n^o 520).

³⁸ Bojorge, Horacio, *En mi sed me dieron vinagre. La Civilización de la Acedia, Ensayo de Teología Pastoral*, Buenos Aires (1996), 7.1.

³⁹ Cf. San Ignacio, *Ejercicios Espirituales*, n. 329. El texto completo de la primera regla de discernimiento propia para quienes adelantan en la vida espiritual es: “[329] 1^a regla. La primera: propio es de Dios y de sus ángeles en sus mociones dar verdadera alegría y gozo espiritual, quitando toda tristeza y turbación, que el enemigo induce; del cual es propio militar contra la tal alegría y consolación espiritual, trayendo razones aparentes, sutilezas y asiduas falacias”.

continuos engaños” son los juicios envueltos en palabras a las que se les da un sentido que no viene al caso.

Este juicio da pie al *movimiento volitivo acidioso*, es decir, al disgusto, desamor o tristeza espiritual. Aquí se produce propiamente el acto de acedia espiritual, es decir (si llega a ser consentido) el pecado contra el gozo caritativo, contra la complacencia en el bien divino. Y si este acto es muy intenso, se desbordará en la sensibilidad desencadenando la pasión sensible de la acedia (o aumentándola si ya estaba presente, porque, como ya hemos dicho el proceso puede haber comenzado en una acedia pasional a la que la voluntad consiente).

Y como consecuencia *ejecutiva* de este disgusto o tristeza, surgen diversos movimientos, ya puramente pasionales, ya voluntarios, que son resultado de lo anterior: la pereza, la lentificación, la huida, etc.; es decir, lo que la tradición ha llamado “las hijas de la acedia”.

5. El objeto de la acedia

El objeto de la acedia es descrito por Santo Tomás como el “bonum internum et divinum” percibido como un mal, como una realidad que aburre, que satura, que fastidia, que enfada. Decíamos que es paralela y contemporánea de la *envidia teologal*, que es tristeza del bien espiritual participado por el prójimo (y en tal caso sería pecado contra el Espíritu Santo en cuanto tristeza de la acción de la gracia divina en el prójimo⁴⁰). La acedia también es un *in-videre*, un mirar con malos ojos, pero, en este caso, de la gracia en sí u ofrecida a nosotros. Puede tratarse de:

- Tristeza de la cruz.
- Fastidio de la santidad.
- Agobio ante los bienes que Dios derrama (no ya porque los participe el prójimo, sino por sí mismos, porque Dios es bueno: “¿Por qué ves con malos ojos que yo sea bueno?” (Mt 20, 15).
- Pesadumbre por el triunfo o la expansión de la Iglesia (o por la multiplicación de las vocaciones consagradas, por el surgir de nuevos movimientos religiosos, de nuevas iniciativas apostólicas, de nuevos frutos espirituales...).
- Abatimiento frente a los planes de Dios porque son distintos de los nuestros.
- También el disgusto de la vida misma, como viene descrito por el Eclesiastés: “He detestado la vida, porque me repugna cuanto se hace bajo el sol, pues todo es vanidad y atrapar

⁴⁰ Cf. Santo Tomás, *Suma Teológica*, II-II, 14, 2.

vientos” (Ecle 2,17), o el mismo Job cuando maldice el día de su nacimiento (cf. Jb 3).

Los objetos más notables sobre los que versa este *taedium* o tristeza aciaga son la oración (especialmente la oración mental), la cruz, el sufrimiento, la persecución y el martirio, la conversión, la vocación consagrada, el celibato, la pureza, la virginidad y la castidad, etc. En fin, todo lo que es bueno y *muy bueno* y que engendra, de suyo, alegría en todo corazón bueno, como se dice de Bernabé: “La noticia de [las conversiones en Antioquía] llegó a oídos de la iglesia de Jerusalén y enviaron a Bernabé a aquella ciudad. Cuando llegó y vio el don de Dios *se alegró* y exhortaba a todos a permanecer unidos al Señor, con firme propósito, *porque era un hombre bueno*, lleno de Espíritu Santo y de fe” (Hch 11, 22-24).

La acedia se manifiesta muy a menudo como *desencanto* de los bienes sobrenaturales de los que se esperaba “otra cosa” (una experiencia de plenitud sensible, consuelo, entusiasmo emotivo inalterable, exclusión de tentaciones, triunfos terrenos, seguridad definitiva...). Así nos encontramos con tantos decepcionados de su sacerdocio, de su celibato, de su virginidad, de su matrimonio, de su apostolado... y de la misma Iglesia...

En este sentido, el progresismo católico se ha manifestado como esencialmente *acidioso* y por eso ha desplegado (y continúa) una actitud agria ante todo lo que pueda reflejar belleza, solemnidad, transcendencia y elevación, sobre todo en lo relacionado con el culto divino, objeto esencial del gozo caritativo. De ahí que tanto de lo que ofrezca a Dios sea sucio, sin estilo, gris, desnudo... como las moles de sombrío cemento que construye como modernos templos, semejantes a cajas de zapatos, sin santos, sin magnificencia... Es el mismo estilo y gusto de las construcciones –junglas de deprimentes bloques– con que el comunismo ha intentado hundir a los pueblos que ha esclavizado en el desaliento y en la muerte de toda alegría vital. Otro tanto se diga de su liturgia, de su predicación, del modo de concebir la vida religiosa, el apostolado... A su vez, y como equivocada reacción a la pérdida del sentido sagrado, muchos creyentes han buscado una religión más vital, centrando sustancialmente la

devoción y la relación con Dios en experiencias predominantemente emotivas, sustituyendo el gozo espiritual por el consuelo sensible. Así nos ha dejado –este vaciamiento teológico que es el progresismo cristiano– entre Escila y Caribdis, ignorando cuál de los dos monstruos se quedará con nuestro pellejo.

En el fondo, la acedia teológica se revela como rechazo de tres verdades fundamentales: la Encarnación del Verbo, su Segunda Venida y el Reinado social de Jesucristo. Por eso rechaza todo lo que implique una presencia singular de Dios en la historia de los hombres: el culto Eucarístico, las procesiones, los santos, las imágenes, el testimonio externo de la fe, la predicación del Evangelio a los paganos, el hábito religioso, la jerarquía eclesiástica, el rezo público... No es, como se piensa, una cuestión de mera política liberal que quiere encerrar la religión en las sacristías, sino de profundo tedio por lo divino; es decir, de acedia.

6. Causas de la acedia

En el origen de un acometimiento de acedia podemos encontrar diversas causas: fatiga corporal, sueño, hambre, tentaciones muy frecuentes o muy violentas, la prolongada ausencia de consuelos sensibles, un despecho que puede ser resultado de fracasos reales o aparentes en la lucha contra el mal, reprensiones más o menos merecidas, o bien la simple monotonía de los ejercicios espirituales regulares, e incluso la necesidad del cambio que nos es natural como seres compuestos de cuerpo y alma.

San Juan de la Cruz resume las posibles raíces a tres: “...estas sequedades podrían proceder muchas veces... de pecados e imperfecciones, o de flojedad y tibieza, o de algún mal humor o indisposición corporal”⁴¹. Estos tres principios aludidos por el doctor místico pueden indicarse con otros términos:

1º Causa involuntaria física o psíquica: la indisposición corporal a la que ya hemos aludido más arriba al hablar de la acedia pasional. Es el esfuerzo corporal que conllevan las actividades del espíritu y que explica la descripción ya señalada del Aquinate: “es una forma de la tristeza que hace al hombre lento para aquellos ejercicios del espíritu *a causa de la fatiga corporal*”⁴². Añádase a esta fatiga natural, la indisposición física que puede sobrevenir en ciertos estados de agotamiento o enfermedad, es decir, en el “mal humor (= disposición anímica)” que dice san Juan de la Cruz. “La acedia puede depender... de factores físicos, como el hambre, el cansancio, el calor, que

⁴¹ San Juan de la Cruz, *Noche oscura*, I, c. 9,1.

⁴² Santo Tomás, *Suma Teológica*, I, 63, 2 ad 2.

hacen que el hombre se sienta agobiado e incapaz de liberarse de una somnolencia paralizadora”⁴³. También existe, como para toda tristeza, una predisposición orgánica y temperamental, que es más estable que un simple estado de agotamiento o cansancio pasajero, y que tiene que ver con el temperamento sentimental y melancólico, y con las depresiones de tipo endógeno o, más ampliamente, con la llamada personalidad depresiva.

2º También puede provenir de causas voluntarias habituales que el doctor místico indica con la expresión “flojedad y tibieza”. Dice Honings: “No es solo el esfuerzo inherente a la vida espiritual lo que causa la actitud de la acedia en el hombre. Hay causas extrínsecas, ya psicológicas ya corporales, que no son menos determinantes. Ante todo, el amor de la propia comodidad, de la vida tranquila, por una concepción demasiado humanística de la vida interior, que no considera necesario privarse de las satisfacciones humanas, excepto las pecaminosas. Evidentemente, esto embota el gusto espiritual y la alegría del espíritu. Cuando unos afectos demasiado sensibles, por no decir carnales, se apoderan del hombre, entonces los bienes espirituales se vuelven tediosos porque son contrarios a los carnales. Junto a esta fuente principal de la acedia está la sensualidad; luego la curiosidad, que lleva al hombre a la disipación, y por consiguiente a la distracción. Pero también la actitud opuesta, es decir, el esfuerzo exageradamente rígido y demasiado intenso de la atención por las cosas del espíritu, causa a veces la acedia. De hecho, esa excesiva tensión psíquica puede provocar en la vida espiritual un disgusto por las prácticas de piedad y un desánimo que deja que la voluntad vaya a la deriva”⁴⁴.

3º Asimismo nos encontramos con causas voluntarias actuales, que son los “pecados e imperfecciones” mencionados por San Juan de la Cruz. En este mismo sentido se expresa Santa Teresa: “Como crecieron los pecados, comenzóme a faltar el gusto y el regalo en las

⁴³ Honings, B., *Acedia*, en: “Diccionario de Espiritualidad”, dir. por Ermanno Ancilli, Barcelona (1983), T.I, 26.

⁴⁴ Honings, B., *Acedia*, op. cit., 26.

cosas de virtud. Veía yo muy claro, Señor mío, que me faltaba esto a mí por faltaros yo a Vos”⁴⁵.

4º Añadamos otras causas que contribuyen al fenómeno, y que pueden deberse a circunstancias muy diversas, algunas en parte culpables y otras quizá no: “Causas análogas de la acedia en personas religiosas y sacerdotales son éstas: el peso de graves preocupaciones y de una seria responsabilidad, la inmersión en un trabajo intelectual febril, el empeño en obras apostólicas sin moderación alguna, encargos de orden práctico y económico tan absorbentes que consumen todas las energías. Es decir, todas las obligaciones que no dejan al hombre disponible para Dios”⁴⁶.

5º Pero hay que añadir una causa más profunda que es el *sentimiento de vacío religioso*, que se presenta solo a modo de tentación en el hombre justo (pues tampoco a él le ahorra luchas la acedia) y como causa voluntaria en el mundano. Lo hace notar Cucci observando que la acedia, junto a la soberbia, son los vicios que más manifiestan una referencia propiamente espiritual y religiosa⁴⁷. En efecto, mientras otros vicios (lujuria, gula, ira, avaricia...) son identificables y condenables prescindiendo de una perspectiva religiosa (y por eso los antiguos paganos los habían presentado de modo bastante completo), no es el caso de la acedia, a la que no se prestó tanta atención hasta la expansión de la vida monástica (Galeno la mencionaba en relación con el temperamento pero no desde el punto de vista ético), y fueron los monjes los primeros en tratar largamente de ella. Cierta cualidad de la relación con Dios es, pues, causa de la acedia: cuando Dios prueba al hombre despojándolo del consuelo sensible de su presencia o de su acción, éste experimenta la *tentación* de la acedia (en la desolación), que le da la ocasión, si reacciona adecuadamente, de crecer espiritualmente (véanse al respecto las indicaciones de san Ignacio sobre el modo de enfrentar las desolaciones⁴⁸). Pero cuando el

⁴⁵ Santa Teresa de Jesús, *Vida*, 7,1.

⁴⁶ Honings, B., *Acedia*, op. cit., 26.

⁴⁷ Cf. Cucci, Giovanni, *Il fascino del male. I vizi capitali*, 331.

⁴⁸ Cf. San Ignacio de Loyola, *Ejercicios Espirituales*, nn. 313-336 (son las llamadas comúnmente “Reglas para discernir espíritus”, propias de las primera semana y de la segunda semana de los Ejercicios).

hombre se ha mundanizado y vive volcado sobre los amores y gustos terrenos (y más aún si vive en pecado mortal), el *vacío de Dios* que hay en su alma es causa propia y directa de su acedia *culpable*, que puede tomar la forma de un *vacío existencial* o *falta de sentido de la vida*, muy bien estudiado por el psiquiatra vienés Viktor Frankl⁴⁹.

⁴⁹ Cf. Frankl, Viktor, *El Hombre en busca de Sentido: Conceptos básicos de Logoterapia*, Barcelona (1979), Ídem, *La Voluntad de Sentido*, Barcelona (1983); Ídem, *La Idea Psicológica del Hombre*, Madrid (1965).

7. La acedia como pecado y como tentación

Todo pecado exige el libre consentimiento a un movimiento desordenado; esto vale también para la acedia. Sobre este punto debemos decir lo siguiente.

a) Todo movimiento de acedia es en sí mismo desordenado

Esto vale incluso para los primeros movimientos de acedia, aunque sean indeliberados, porque “es en sí misma mala la tristeza que versa sobre lo que es aparentemente malo pero bueno en realidad, del mismo modo que es un placer malo el que proviene de un bien aparente que es, en realidad, un mal”⁵⁰. Esta tristeza del bien forma parte de la *inclinación al pecado* (el “fomes peccati”), y no es pecado en acto, pero es una inclinación desordenada porque inclina al pecado y hace pecar a quien la acepta (mientras que da mérito al que resiste y este es el motivo por el que Dios la deja tras el bautismo⁵¹). Por esta razón *es necesario* oponerse a los movimientos de la acedia aunque sean indeliberados.

⁵⁰ Santo Tomás, *Suma Teológica*, II-II, 35, 1.

⁵¹ “La concupiscencia, dejada para el combate, no puede dañar a los que no la consienten y la resisten con coraje por la gracia de Jesucristo. Antes bien «el que legítimamente luchare, será coronado» (2Tm 2,5)” (Concilio de Trento: DS 1515; Catecismo de la Iglesia católica, n. 1264).

b) Pero solo es pecado al ser aceptada por la voluntad

“El pecado está propiamente en la voluntad... Por tanto, si por acedia se indica el acto de la voluntad que rechaza el bien interior espiritual, puede tener perfecta razón de pecado; pero si se toma, en cambio, como acto del apetito sensitivo, no tiene razón de pecado si no es por la voluntad, es decir, a menos que tal movimiento pueda ser impedido por la voluntad; por tanto, si pudiendo no lo impide, tiene alguna razón de pecado, pero imperfecta”⁵².

Es, pues, involuntaria aquella acedia que consiste exclusivamente en:

- Los primeros movimientos de la acedia sensible (sea pasión corporal o anímica).
- Las tentaciones de acedia espiritual, que puede ser a veces *tentaciones diabólicas* (como la tentación que sufren Adán y Eva de parte de la serpiente tratando de que se *desencanten* del precepto de Dios) o del *espíritu del mundo* que nos ataca por medio de los demás hombres (por medio de la propaganda mundana, de la invitación al pecado, y de la burla y del sarcasmo de todo lo bueno, santo y grande).

De este modo, la acedia puede afectar muchas veces exclusivamente la sensibilidad. Es, entonces, una manifestación más de la resistencia de la carne contra el espíritu (Gal 5,17: “la carne tiene apetencias contrarias al espíritu, y el espíritu contrarias a la carne”) de la que no pueden librarse ni las almas mejor impulsadas hacia la santidad. San Juan Clímaco dice que esta tentación acompaña al solitario durante toda su vida y lo abandona solo en el momento de su muerte. Santo Tomás reconoce que “en los hombres perfectos pueden darse movimientos imperfectos de acedia al menos en la sensualidad, porque nadie es tan perfecto que no permanezca en él alguna contrariedad de la carne hacia el espíritu”⁵³.

⁵² Santo Tomás, *De malo*, 11, 1.

⁵³ Santo Tomás, *De malo*, 11, 3 ad 1.

c) La acedia voluntaria

Pero la acedia es voluntaria cuando proviene de nuestros actos desordenados. En concreto:

- Cuando no reaccionamos con firmeza ante la acedia sensible y dejamos que se estacione en nosotros.
- Cuando consentimos los *pensamientos* y *juicios* contrarios al gozo caritativo (o sea, cuando aceptamos todo pensamiento deprimente o despreciativo del bien divino).
- También la acedia que nace de la transgresión del precepto del descanso dominical, o sea, del no disponer del tiempo y el reposo para orar. San Gregorio Magno la denomina en este sentido: *torpor circa praecepta*, apatía respecto de los mandamientos divinos⁵⁴.
- La que proviene de no intentar conservar el silencio interior ni siquiera cuando rezamos (o sea, consentir plenamente a las distracciones en la oración).
- La que procede de nuestros hábitos potencialmente acidiosos como son los gustos mundanos, los apegos terrenos, la falta de austeridad, la huida de la cruz, el vivir sumergidos en el ruido exterior (abuso de los medios de comunicación, del teléfono, de la televisión, de la radio, de internet...). Con estas malas costumbres nos hacemos *padres* de nuestros juicios afectados de acedia. Por este motivo Santo Tomás la llamó “tristeza mundana” (*tristitia saeculi*)⁵⁵.
- Es pecaminosa también la acedia que proviene de nuestra vida de pecado, de nuestra mediocridad y de nuestra tibieza, mientras no intentemos revertir esas situaciones culpables (es una acedia *voluntaria en su causa*).

La acedia como tristeza del bien divino es pecado porque entristecerse del bien divino, lo que contraría la virtud teologal de la caridad. Este “entristecerse” ha de entenderse como: descontentar, sentir hastío, pereza, aburrimiento, desgana, apatía, displicencia.

⁵⁴ San Gregorio Magno, *Moralia*, XXXI, c. 45,88.

⁵⁵ Cf. Santo Tomás, *De malo*, 11, 3 sed contra 1 .

Propiamente consiste en la repugnancia a la virtud cuando ésta no va acompañada de consuelo; antipatía a la “virtud crucificada”. “Este bien divino solo puede entristecer al hombre por la contrariedad que hay entre el espíritu y la carne, pues como dice el Apóstol, «la carne desea contra el espíritu» (Gál 5,17); y por tanto, cuando domina en el hombre el afecto carnal, el bien espiritual le causa fastidio como algo contrario a sí; del mismo modo que el hombre que tiene el sentido del gusto infectado, le resulta fastidioso el alimento saludable, y le entristece el tener que comerlo”⁵⁶.

d) ¿Pecado “mortal”?

Y Santo Tomás advierte, además, que puede, en muchos casos, ser pecado *mortal*: “Se llama pecado mortal lo que quita la vida espiritual derivada de la caridad y por la que Dios inhabita en nosotros. Por eso es pecado mortal, en su género, lo que de suyo contraría esencialmente a la caridad, y eso hace la acedia. En efecto, hemos visto que el efecto propio de la caridad es el gozo de Dios, y la acedia, por el contrario, es tristeza del bien espiritual en cuanto bien divino. Resulta, pues, que, por su género, la acedia es pecado mortal. Sin embargo (...) el movimiento de la acedia se da a veces solamente en la sensualidad por la repugnancia de la carne hacia lo espiritual, y en este caso es pecado venial. Otras veces, por el contrario, llega hasta la razón, consintiendo en la huida, el horror y la repulsa del bien divino, prevaleciendo del todo la carne sobre el espíritu. En este caso es evidente que la acedia es pecado mortal”⁵⁷.

No hay que tomarla, pues, a la ligera... como hace *el acedioso*.

⁵⁶ Santo Tomás, *De malo*, 11, 2.

⁵⁷ Santo Tomás, *Suma Teológica*, II-II, 35, 3.

8. Los acidiosos

La acedia asecha a toda persona, pero no todos la perciben. Es necesario tener una cierta vida interior para tomar conciencia de ella. Por eso se dice que la acedia es el vicio propio de la persona religiosa, es decir, del espiritual, del que tiene vida interior (que no es exclusivamente el religioso consagrado sino toda persona de oración). El demonio de la acedia inquieta sobre todo a quienes se dedican a la vida espiritual. “Se pega habitualmente a quienes van avanzando en la oración o que son asiduos a ella”, dice un antiguo escritor⁵⁸. La tradición monástica, especialmente, la de los Padres del desierto, hablaba de la acedia como del demonio que circunda especialmente al monje; como el mal de los eremitas, según Evagrio Póntico. Casiano la encuentra ampliamente presente en la vida cenóbica: “la acedia es conocida sobre todo por los solitarios y es junto a quienes viven en el desierto que se manifiesta más frecuente y agresivamente”⁵⁹.

El motivo por el que predomina entre los espirituales es que estos, dedicándose más a la vida interior, experimentan más las tentaciones contra la oración; además pueden percibirla y reconocerla mejor que otros, porque tienen el oído más avezado a las cosas del alma.

Pero también la experimentan las personas dedicadas a los negocios del mundo, aunque difícilmente se dan cuenta del problema, como decía San Bernardo: “Este vicio veja y aflige sobre todo a los

⁵⁸ Simeón el Nuevo Teólogo, citado por Larchet, *Terapia delle malattie spirituali*, op. cit., 197.

⁵⁹ Casiano, Juan, *De coenobium institutionibus*, X, 1.

religiosos, porque son raros los seglares que se dan cuenta si eso es vicio. Puesto que están tan atados al mundo, que apenas pueden comprender el nombre de un vicio espiritual como éste, aunque se cuente entre los siete capitales. Sin embargo es este vicio de acedia el que les causa esa especie de pesadez de alma que hace que les parezcan insípidos y extremadamente aburridos todos los ejercicios espirituales”⁶⁰.

Más aún, la nuestra es verdaderamente una “civilización de la acedia”⁶¹.

El modo en que la experimentan los hombres del mundo, lo describe vivamente Larchet: “[La acedia] no deja en paz ni siquiera a quienes viven fuera de toda regla o incluso sin actividad espiritual alguna. Es bajo otras formas que se ensaña con ellos, como hace notar san Isaac el Sirio: a «quienes conducen sus vidas en las obras corporales», «los alcanza otra acedia, que es visible a los ojos de todos». Esta acedia toma la forma de un sentido, a menudo oscuro y confuso, de insatisfacción, de disgusto, de aburrimiento, de cansancio, tanto de sí mismos como de la misma existencia, del ambiente en que viven, del lugar en que residen, de sus oficios y hasta de cualquier otra actividad. Ellos son golpeados, además, por una inquietud sin razón, por un ansia generalizada, o por una angustia episódica o continua. Generalmente se encuentran atrapados, correlativamente, por un estado de torpor, por una pesadez psíquica y física, por una fatiga general y constante probada sin un motivo particular, por una somnolencia periódica o permanente del alma y del cuerpo. Paralelamente, a menudo, y para conjurar de algún modo sus penosos estados, la acedia los induce a múltiples actividades, a cambios innecesarios, a tratos inútiles, y a todo lo que les parece que puede ayudarlos a huir del aburrimiento y de la soledad y a colmar la insatisfacción que experimentan. Con frecuencia, cuando quieren o creen sentirse satisfechos y reencontrarse a sí mismos, en realidad no hacen otra cosa que alejarse de sí mismos y de su deber-

⁶⁰ San Bernardo, *De Passione Domini sive Vitis mystica*, 66, PL 184, 579 y 674.

⁶¹ Cf. sobre este punto los dos excelentes libros del P. Bojorge, Horacio, *En mi sed me dieron vinagre. La Civilización de la Acedia, Ensayo de Teología Pastoral*, ya citado más arriba, y: *Mujer, ¿por qué lloras? Gozo y tristezas del creyente en la civilización de la acedia*, Buenos Aires, (1999).

ser espiritual, de su naturaleza y destino, y por eso mismo de toda satisfacción plena y entera”⁶².

⁶² Larchet, *Terapia delle malattie spirituali*, Milano (2003), 198.

9. La acedia, madre prolífica

La acedia no sólo es un pecado sino un pecado capital⁶³. “Pecado capital” significa etimológicamente el pecado que es principio, cabeza o madre de otros pecados. Los pecados capitales son origen de otros pecados en el género de la causalidad final, pues éste es el único modo de causalidad que entraña una influencia específica de ciertos pecados respecto de otros; las demás influencias causales son muy genéricas: “el pecado capital es aquel del que nacen otros vicios en razón de causa final”⁶⁴. Hablando en sentido general, todo pecado puede ser causa de otro pecado, pues ya había afirmado San Gregorio que el pecado que no se borra pronto por la penitencia, es pecado y causa de pecado. Esto, sin embargo, puede ocurrir de modos diversos:

a) Ante todo, un pecado puede ser causa *eficiente* de otros pecados. Esto puede suceder de dos maneras distintas. Primero *indirectamente*: en la medida en que un pecado quita algún obstáculo o barrera que frenaba al hombre de caer en otros pecados. Se dice, así, que es causa *removens prohibens*, es decir, porque quita el dique que

⁶³ Los vicios capitales se dividen según las distintas formalidades en que el apetito humano puede tender desordenadamente al bien o huir desordenadamente de él por el mal aparente que puede estarle unido. La inclinación desordenada hacia el bien da lugar a la vanagloria (cuando se está dominado por la búsqueda del bien espiritual de la propia excelencia), la gula (cuando el bien perseguido es el de la conservación individual), la lujuria (cuando es el bien de la conservación específica) y la avaricia (cuando se trata de los bienes exteriores). En cambio, cuando el apetito huye del bien por las dificultades adjuntas tenemos tres vicios: la acedia (si se huye del bien espiritual, por la tristeza que causa), la envidia (si se rechaza el bien ajeno considerado como obstáculo para nuestra propia excelencia, pero sin rebelarse contra él), y la ira (cuando se rechaza el bien ajeno considerado como obstáculo para nuestra propia excelencia, con deseo de venganza y violencia) (cf. Santo Tomás, *Suma Teológica*, I-II,84,4).

⁶⁴ Santo Tomás, *De malo*, 11,4.

contenía otros desmanes. Lo cual vale en general para todo pecado mortal, porque destruye el estado de gracia sobrenatural, y para algunos pecados en particular que anulan la vergüenza y el pudor, barreras naturales que sujetan al hombre para no derramarse en peores vicios. En segundo lugar, puede ser causa *directa*, al generar, por la repetición de un acto malo, un hábito vicioso, es decir, una inclinación estable a repetir en el futuro los mismos pecados.

b) Puede también suceder que ciertos pecados sean causa *material* de otros al prepararles el terreno y la materia. Así, por ejemplo, la gula predispone para la lujuria, porque “*venter mero aestuans, facile in luxuriam spumat*” (el vientre apasionado por el vino, fácilmente deriva en lujuria)⁶⁵; y otro tanto se diga de la molicie o blandura de costumbres.

c) Especialmente algunos pecados son causa de otros al modo de una *causa final*; esto es, por cierto dinamismo interno según el cual, por su propia naturaleza, engendran otros pecados para alcanzar sus propios fines. Queremos decir, como es evidente, que estos vicios influyen en la psicología de quienes están dominados por tales hábitos, de tal modo que se ven empujados a cometer determinados pecados en orden a poder conseguir el fin específico de su vicio dominante, los cuales, a su vez, también terminan por arraigarse como hábitos. Así, quien está esclavizado por un vicio capital (lujuria, ira, vanidad...) apeetece un determinado fin de un modo casi irresistible (el placer carnal, o vengarse, o ser admirados...). De este modo, por ejemplo, la avaricia empuja al usurero a amontonar riquezas indefinidamente (porque, como dice Santo Tomás, el que desea algo como fin y no como medio, lo desea sin medida, de modo infinito⁶⁶), y como consecuencia lo induce al fraude, al dolo, al robo, lo vuelve duro de corazón, inmisericorde

⁶⁵ Santo Tomás, *In II Sententiarum*, d. 36, a. 1.

⁶⁶ “La concupiscencia no natural es absolutamente infinita. Porque sigue a la razón..., y compete a la razón proceder hasta el infinito. Por eso quien desea riquezas puede desearlas no hasta un límite determinado, sino ser rico absolutamente, tanto como pueda. Y según el Filósofo en el libro I de la *Política*, puede señalarse también otra razón de por qué una concupiscencia es finita y otra infinita: la concupiscencia del fin siempre es infinita porque el fin se desea por sí mismo, como la salud. De ahí que más se desea una mayor salud, y así hasta el infinito; como si lo blanco dilata por sí mismo, lo más blanco dilata más” (Santo Tomás, *Suma Teológica*, I-II, 30, 4).

(porque sin estas actitudes difícilmente el avaro podría enriquecerse como apetece). Por eso dice Santo Tomás que “llamamos pecados capitales a aquellos cuyos fines poseen cierto predominio sobre los otros pecados para mover el apetito”⁶⁷.

d) Por último, los vicios que influyen como causa final, también ejercen una causalidad formal sobre los actos (pecaminosos) que procrean, porque “el fin da la forma en las cosas morales”⁶⁸. Lo cual significa que el vicio capital, además de engendrar algunos pecados específicos, también les imprime su *estilo*, porque en casi todas las acciones que realiza el pecador actúa con la psicología peculiar contaminada por el vicio que lo esclaviza. Así, para usar el mismo ejemplo que ponía Aristóteles, quien roba para poder costearse su pasión adulterina es más adúltero que ladrón. El vicio dominante pone su *sello* en casi todos los actos del viciado, como se ve con particular nitidez en los encadenados a la tacañería, a la envidia, a la hipocresía, a la pereza, a la tristeza, a la queja...

⁶⁷ Cf. Santo Tomás, *Suma Teológica*, II-II, 84, 4.

⁶⁸ Santo Tomás, *Suma Teológica*, II-II, 75, 4.

10. Las hijas de la acedia

La acedia es un estado muy peligroso para la salud física, psíquica y espiritual⁶⁹. Pero nos vamos a detener principalmente en sus consecuencias espirituales.

Los pecados engendrados por cada uno de los hábitos capitales han sido llamados por San Gregorio Magno, “las hijas” viciosas. Habla así, de las hijas de la ira, de la gula, de la lujuria...

¿Cuáles son los pecados que la acedia engendra como vicio capital? El tema ha sido desarrollado por varios autores espirituales con ciertas variantes en lo que va de uno a otro.

Célebre ha sido la enumeración de San Isidoro de Sevilla quien señalaba cuatro males derivados de la tristeza en general: el rencor, la pusilanimidad, la amargura y la desesperación; y seis de la acidia propiamente dicha: la ociosidad, la somnolencia, la indiscreción de la mente, el desasosiego del cuerpo, la inestabilidad, la verbosidad y la curiosidad⁷⁰.

Muy conocido en la antigüedad fue también el elenco propuesto por Alcuino, quien asignaba cinco vicios a la tristeza: malicia, rencor, pusilanimidad de ánimo, amargura y desesperación; y ocho a la acedia: somnolencia, pereza para las buenas obras, inestabilidad, vagabundeo de lugar en lugar, tibieza para trabajar, tedio del corazón, murmuración y verbosidad (*inaniloquia*)⁷¹.

⁶⁹ Cf. Cucci, Giovanni, *Il fascino del male. I vizi capitali*, op. cit., 318.

⁷⁰ Cf. San Isidoro, *Quaest. in Vet. Test.*, PL 83,366; Santo Tomás, *Suma Teológica*, II-II, 35, 4, obj. 3.

⁷¹ Cf. Alcuino, *De virt. et vitiis*, c. XXXII-XXXIII; PL 101,635; cit. por Vanteenberghe, loc. cit., col. 2029.

San Gregorio al hablar de los vicios capitales, no distinguió, como ya dijimos más arriba, entre tristeza y acedia, mancomunando ambos conceptos; y mencionaba seis pecados derivados de la acedia: malicia, rencor, pusilanimidad, desesperación, indolencia en lo tocante a los mandamientos y divagación de la mente por lo ilícito⁷².

Santo Tomás sigue a San Gregorio pero conociendo las otras enumeraciones se esforzó por armonizarlas tomando como referente la lista gregoriana. Encuentra la razón fundamental de la génesis de los diversos pecados en la afirmación aristotélica: “nadie puede permanecer por largo tiempo con tristeza y sin placer”⁷³; razón por la cual el hombre es empujado a un doble dinamismo: fuga del bien que, por los motivos ya expuestos, entristece al acidioso, y persecución del placer. De este doble movimiento se originan seis pecados principales (y otros secundarios relacionados a estos)⁷⁴:

“La tristeza lleva al hombre a apartarse de lo que le entristece y también le hace pasar a otras cosas en las que encuentra placer, al igual que, quienes no pueden gozar de las delicias espirituales, se enfangan en las del cuerpo, como escribe el Filósofo en el libro X de su *Ética a Nicómaco*:

(i) En el movimiento de huida de la tristeza se observa el proceso siguiente: primero rehúye el hombre lo que le contrista; después impugna lo que causa tristeza.

Pues bien, los bienes espirituales de que se entristece la acidia son el fin y los medios que conducen al fin. La huida del fin se realiza con *la desesperación*. La huida, en cambio, de los bienes que conducen a él, si son los arduos que pertenecen a la vía de los consejos, la lleva a cabo *la pusilanimidad*, y, si se trata de los bienes que afectan a la justicia común, entra en juego *la indolencia de los preceptos* [a esta indolencia se reducen, a su vez, la *ociosidad* –to-

⁷² Cf. San Gregorio Magno, *Moralia*, 31,1; Santo Tomás, *Suma Teológica*, II-II, 35, 4 obj.2.

⁷³ Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, VIII, 5,2.

⁷⁴ Cf. Santo Tomás, *Suma Teológica*, II-II, 35, 4 ad 2. Lo que he puesto entre corchetes es lo que Santo Tomás añade en la respuesta a la 3ª objeción, en la que intenta armonizar la clasificación isidoriana con la de san Gregorio.

tal incumplimiento– y la *somnolencia* –realización negligente– que menciona san Isidoro].

La impugnación de los bienes espirituales que contristan se lleva a cabo, a veces, contra los hombres que los proponen, lo que da lugar al *rencor* [a este se reduce la *amargura*, que, según San Isidoro, nace de la tristeza, y que es cierto efecto del rencor]; otras veces la impugnación recae sobre los bienes mismos e induce al hombre a detestarlos, y entonces se produce la *malicia* propiamente dicha.

(ii) Finalmente, cuando la tristeza de las cosas espirituales impulsa a buscar placeres exteriores, la hija engendrada por la acidia es la *divagación de la mente por lo ilícito* [a la cual pertenecen las otras que señala Isidoro: puesto que este vagar cuando lleva a derramarse sin concierto por cosas muy diversas se llama *inestabilidad del alma*; si toca al conocer se llama *curiosidad*; si afecta al hablar, *verbosidad*; si atañe al cuerpo, no dejándole parar en lugar alguno se denomina *inquietud corporal*, indicando con los movimientos descompasados de sus miembros la divagación mental; si lo deja vagar por diferentes lugares, se llama *inestabilidad*, aunque con esta palabra se puede entender también la variabilidad de proyectos].

Veamos más en detalle cada uno de ellos.

a) Acedia y desesperación

El primero de los vicios que nacen de la acedia es la desesperación. Santo Tomás la define en la *Suma Teológica* como “fuga finis” (huida del fin/bien) y en el *De malo* como “recessus a bono divino sperato” (abandono del bien divino esperado). Se entiende que es una evasión y deserción del bien que, por la apariencia aflictiva que toma para el acidioso, le produce repugnancia y tristeza.

La desesperación es la pérdida de la esperanza por considerar el bien arduo divino imposible. Implica una falsa apreciación de Dios –al dudar de su auxilio o de su bondad–, razón por la cual es un pecado teológico⁷⁵. Al tratar de la virtud de la esperanza, el Aquinate señala claramente la filiación del vicio de la desesperanza respecto de la acedia, más todavía que de la lujuria:

⁷⁵ Cf. Santo Tomás, *Suma Teológica*, II-II, 20, 1.

“El objeto de la esperanza es el bien arduo asequible sea por las fuerzas personales o con ayuda de otro. Hay, por eso, dos maneras de quedar frustrada la esperanza de lograr la felicidad eterna: o por no considerarla un bien arduo o por no juzgarla asequible ni por uno mismo ni con ayuda ajena. Pues bien, el que no gustemos los bienes espirituales como bienes o que no nos parezcan grandes, acontece principalmente porque el afecto se ha infectado por el amor de los placeres corporales, entre los que sobresalen los sexuales. En efecto, el afecto a estos placeres lleva al hombre a sentir fastidio de los bienes espirituales, y ya no los espera como bienes arduos. Desde esta perspectiva, la desesperación se origina en la lujuria.

En cambio, a que no se considere algún bien arduo como posible de ser alcanzado por sí mismo o por otro, se llega por un abatimiento excesivo; el cual cuando se instala en la voluntad del hombre, le hace estimar que jamás podrá elevarse a ningún bien. Y como la acidia es una cierta tristeza que abate el espíritu, por esta vía, engendra la desesperación. Ahora bien, como lo propio de la esperanza radica en que su objeto sea algo posible, puesto que el que algo sea visto como bueno y arduo también pertenece a otras pasiones, se concluye que la desesperación nace *especialísimamente* de la acidia, aunque también la pueda generar la lujuria, como se dijo arriba”⁷⁶.

Incluso cuando la desesperación nace de otras causas, como la negligencia en considerar grandes beneficios sobrenaturales como la encarnación y el amor divino (según aquello de San Agustín: “nada ha sido tan necesario para levantar nuestra esperanza como el mostrarnos Dios cuánto nos amaba”), la raíz última sigue estando en la acedia, porque “la misma negligencia en considerar los beneficios divinos tiene también su origen en la acedia. Ya que el hombre dominado por alguna pasión piensa sobre todo en las cosas que se relacionan con su pasión; de ahí que al hombre instalado en las tristezas [¡magnífica expresión de Santo Tomás: *homo in tristitiis constitutus*!], no le resulta nada fácil pensar en cosas grandes y ale-

⁷⁶ Santo Tomás, *Suma Teológica*, II-II, 20, 4.

gres, sino sólo tristes, a menos que con mucho esfuerzo se aleje de lo que entristece”⁷⁷.

Por tanto, el fastidio y el aburrimiento no combatidos (al menos mediante la perseverancia y firmeza en no abandonar las obras comenzadas y los deberes asumidos) pueden terminar en el abandono, en la desesperación de no poder llevar adelante tales obligaciones, e incluso en la depresión psíquica.

Es bajo este aspecto (el central, dicho sea de paso) que la acedia *voluntaria* (es decir, la que no se enfrenta como corresponde y se la deja taladrar el alma) muestra su arista más funesta pues puede conducir hasta a “la pérdida de la fe de modo suave e indoloro, casi sin que uno se dé cuenta”⁷⁸.

b) Acedia y pusilanimidad

La acedia, dice La Puente, engendra “pusilanimidad y cobardía de corazón para acometer cosas grandes y arduas empresas”⁷⁹.

En este sentido toma la forma de un estado del alma para el cual no hay nada por lo que valga la pena arriesgarse o comprometerse. Es la característica de ciertos acidiosos; los que Dante retrata en el vestíbulo del Infierno con el título de *ignavi* (del latino “ignavus”: ignavos, indolentes, perezosos). Pero no son perezosos en el sentido de desganados o haraganes, sino de pusilánimes o “neutrales” (*ne-utrum*, ni una cosa ni la otra). Ni fríos ni calientes, como los define el Apocalipsis (3,15). Son los que en esta vida no se animaron a seguir ninguna bandera, ni la de Dios ni la del Diablo, razón por la cual ni los quiere el cielo, ni –con licencia poética, se entiende– los acepta el mismo Infierno: *a Dio spiacienti ed a’ nemici sui* (“desagradables a Dios y a los enemigos de Dios”⁸⁰). Por eso los coloca en el vestíbulo: ni dentro ni fuera del Infierno. Estado verdaderamente lamentable de quienes *mai non fur vivi* (“jamás estuvieron verda-

⁷⁷ Santo Tomás, *Suma Teológica*, II-II, 20, 4, 3 y ad 3.

⁷⁸ Cucci, Giovanni, *Il fascino del male. I vizi capitali*, 337.

⁷⁹ La Puente, *Guía espiritual*, trat. IV, c. XVII.

⁸⁰ Dante, *Divina Commedia*, Infierno, III, 62-63.

deramente vivos”⁸¹). A ellos, que en la tierra no se decidieron por ninguna causa o ideal, Dante los castiga a perseguir eternamente el giro veloz de una bandera que, por su vertiginosa rapidez, se les hace irreconocible; los sin bandera, penan marchando tras una causa que desconocen.

Para Santo Tomás, la pusilanimidad es la reacción que tiene el acidioso ante las cosas grandes y difíciles que caen bajo los consejos evangélicos; es decir, la invitación al seguimiento de Cristo por la vía de la pobreza, de la castidad perfecta y de la obediencia. Es la actitud del joven rico ante el consejo de Cristo: “Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos; luego sígueme. Al oír estas palabras, el joven se marchó entristecido, porque tenía muchos bienes” (Mt 19, 20-21).

El tedio por la virtud difícil, o por la vida crucificada, engendra miedo, y el temor apoca el ánimo. La virtud evangélica a la que el Espíritu Santo invita a muchas personas, les parece sombría o tediosa en razón de la falta de gusto y consuelo que temen encontrar en ese camino. Hablando de las almas que tornan atrás en la vida espiritual, dice San Juan de la Cruz: “Estos también tienen tedio cuando les mandan lo que no tiene gusto para ellos. Estos, porque se andan al regalo y sabor del espíritu, son muy flojos para la fortaleza y trabajo de perfección, hechos semejantes a los que se crían en regalo, que huyen con tristeza de toda cosa áspera, y oféndense [= *se asustan*] de la cruz, en que están los deleites del espíritu; y en las cosas más espirituales más tedio tienen, porque, como ellos pretenden andar en las cosas espirituales a sus anchuras y gusto de su voluntad, háceles gran tristeza y repugnancia entrar por el camino estrecho, que dice Cristo (cf. Mt 7,14), de la vida”⁸².

Y anota el gran pedagogo García Hoz que el tedio “envuelve al hombre con una cadena sin fin, de la cual sólo puede librarse mediante un esfuerzo de su voluntad; porque si se deja llevar de su tendencia sensible, la falta de gusto en las cosas espirituales engendra el tedio y éste a su vez aumenta el disgusto, y de aquí nace el tedio aumentado que sigue su labor aniquiladora de las obras. «Más

⁸¹ Dante, *Divina Commedia*, Inferno, III, 64.

⁸² San Juan de la Cruz, *Noche oscura*, I,VII,4.

me recelo –dice Fray Juan de los Ángeles– del tedio..., que le vuelve incapaz de toda devoción y sentimiento espiritual»⁸³.

Este es uno de los rostros más divulgados de la acedia de nuestro tiempo, como dice Natoli: “En nuestro mundo la acedia no toma más el rostro de la pereza, sino el del «dejar hacer». Porque de todos modos, se dice, «todos son iguales y es imposible mejorar [las cosas]». Este modo de razonar evita constantemente cuestionar la propia conducta [...] El no comprometerse no surge siempre de la indolencia, sino de las efectivas dificultades para cambiar el modo en que marchan las cosas. De aquí nace una verdadera amargura – *amaritudo*, dice Santo Tomás [...] El acidioso no sabe fatigarse. Pero sobre todo no sabe *dedicarse*”⁸⁴, es decir, no quiere *comprometerse*; y esto, o porque tiene miedo o porque *no cree en los compromisos*.

c) Acedia y pereza

El tercer vicio prohiado por la acedia es la pereza en la forma de *incumplimiento de los preceptos*; porque si encoje el alma ante lo que se nos propone –sin obligarnos– como un ideal grande pero difícil, en cambio, induce a evitar lo que nos viene impuesto como mandato en orden a la salvación (*torpor circa praecepta*).

El proceso puede pasar primero por la ociosidad y la soñolencia frente a los deberes de estado o simplemente ante los mandamientos divinos, pudiendo culminar, a la postre, en una imposibilidad de obrar el deber (lo cual es fruto de la abulia que termina generándose en el alma). Dice con fina psicología San Gregorio Magno en su *Regla pastoral*:

“Al perezoso se le ha de hacer saber que muchas veces, cuando no queremos hacer oportunamente las cosas que podemos, poco después, *cuando queremos, ya no podemos*; porque la desidia del alma, cuando no se sacude con oportuno ardor, aumenta furtiva-

⁸³ García Hoz, *Pedagogía de la lucha ascética*, Madrid (1946), 183; la cita de Fray Juan de los Ángeles es de *Conquista*, Diálogo VII, XV.

⁸⁴ Natoli, S., *Dizionario dei vizi e delle virtù*, Milano (1997), 12.

mente con el sopor, el cual hace decaer totalmente el deseo del bien”⁸⁵.

La pereza tiene una relación tan estrecha con la acedia que, como indicábamos más arriba, toda una tradición espiritual las ha casi identificado, llegando a traducir, a menudo, *accidia* por pereza, y dando el nombre de “pereza espiritual” al vicio capital de la acedia. De este modo se cambia a la madre por la hija; pero no se discute que hablamos de la hija más famosa.

No hay que confundir pereza con inactividad. Lo formal de este vicio es la repugnancia al trabajo que se debe hacer; es una fuga del deber. Los medios de la evasión pueden ser tanto la holgazanería cuanto la (hiper)actividad que nos permite excusarnos de hacer lo que *debemos pero no queremos*. En todos los casos la mecha que enciende este escamoteo del deber es el *fastidio* que produce el deber, es decir, la acedia.

Indudablemente el aspecto más popular de la pereza es lo que Balmes llamó “pasión por la inacción”⁸⁶. Ociosidad que nace, como dijimos, de la repugnancia voluntaria y culpable al trabajo. Puede afectar todos los dominios humanos: el físico, el intelectual, el moral y el religioso. Hablando de este modo de pereza escribía Balmes: “el hombre ama las riquezas, la gloria, los placeres, pero también ama mucho el no hacer nada; esto es para él un verdadero goce, al que sacrifica a menudo su reputación y bienestar. Dios conocía bien la naturaleza humana cuando la castigó con el trabajo; el comer el pan con el sudor de su rostro es para el hombre pena continua y frecuentemente muy dura”.

La pereza es el miedo y la fuga del esfuerzo. Santo Tomás, la menciona, por eso, como la primera forma del temor⁸⁷; quedando, así, patente, que las pasiones del irascible (entre las que se cuenta el

⁸⁵ San Gregorio Magno, *Regla pastoral*, en *Obras*, Madrid (1958), 174-175.

⁸⁶ Balmes trata de la pereza en el capítulo XXII, de su más famosa obra, *El Criterio*, que ha conocido innumerables ediciones. Todo cuanto sea atribuido, sobre la pereza, a este autor, pertenece a ese capítulo.

⁸⁷ “En la operación del hombre puede temerse un doble mal. Primeramente, el trabajo que agobia a la naturaleza, es decir, cuando alguien rehúsa obrar por temor de un trabajo excesivo” (Santo Tomás, *Suma Teológica*, I-II, 41, 4).

miedo) nacen de las del concupiscible⁸⁸. De ahí que el perezoso resta gustosamente ocioso; o si obra, generalmente elige la ocupación, no según la razón (o sea, según el deber al que está obligado) sino según el capricho del momento. Del mismo modo, suele ponerse a la obra con lentitud, la continúa sin vigor, o le acomete una prisa irracional por terminarla (incluso realizándola superficialmente y sin que el deber le urja comenzar otra de importancia). O sucede que se frena o demora ante la menor dificultad; o sigue la ley del menor esfuerzo y es, ordinariamente, incapaz de un trabajo esmerado, metódico y profundo.

De todos, modos, como hemos dicho, la pereza también es compatible con una gran actividad, porque algunos perezosos son muy activos con obras que les gustan y les resultan fáciles, las que suelen hacer cuando “deberían” estar haciendo otras que les impone su deber pero repugnan a sus gustos (lo que hoy en día algunos llaman “adicción al trabajo” –del inglés workaholic– puede ser, en vez de exceso de responsabilidad y laboriosidad, una huida del silencio, de la reflexión y de la plegaria).

La Sagrada Escritura escarnece el vicio de la pereza con mucha aspereza. Dice de ella que conduce a la miseria (no sólo material, sino principalmente espiritual):

*“He pasado junto al campo de un perezoso,
y junto a la viña de un hombre insensato,
y estaba todo invadido de ortigas,
los cardos cubrían el suelo,
la cerca de piedras estaba derruida.
Al verlo, medité en mi corazón,
al contemplarlo aprendí la lección:
«Un poco dormir, otro poco dormir,
otro poco tumbarse con los brazos cruzados
y llegará, como un vagabundo, tu miseria
y como un mendigo tu pobreza»” (Pr 24,30-34).*

⁸⁸ Cf. Santo Tomás, *De malo*, 11, 4 ad 3.

Describe al perezoso como dominado por la inutilidad y, a la postre, como un necio:

*“La puerta gira en los goznes,
y el perezoso en la cama.
El perezoso hunde la mano en el plato;
pero le fatiga llevarla a la boca.
El perezoso se tiene por más sabio
que siete personas que responden con tacto”
(Pr 26,14-16).*

Terriblemente lo estigmatiza el Sirácida:

*“A una piedra sucia se parece el perezoso,
todo el mundo silba sobre su deshonra.
Bola de excrementos es el perezoso,
que todo el que la toca se sacude la mano” (Si 22,1-2).*

García Hoz señalaba que este vicio radica en el desorden del instinto de conservación, una de cuyas modalidades es apartarse y huir de todo lo que signifique peligro de la vida o desgaste de las energías⁸⁹. En la pereza tal prudente alejamiento se exagera, traspassando los límites razonables, haciendo que el holgazán no realice con perfección los trabajos necesarios para alcanzar su fin (los fines próximos de las obras emprendidas, y también el fin último de la vida). Cita, en este sentido, las expresivas palabras de Fray Luis de Granada: “La pereza y flojedad dice: Si continuamente te das al estudio de la lición [= lección] y oración y lágrimas, perderás la vista. Si extiendes mucho las vigiliass de la noche, perderás el seso, y si te fatigas con trabajo demasiado, quedarás inhábil para todo ejercicio”⁹⁰. Concluía el pedagogo español: “En las anteriores frases se ve claramente que estamos ante uno de los vicios que con capa de necesidad encubre la superfluidad”⁹¹.

⁸⁹ Cf. García Hoz, Víctor, *Pedagogía de la lucha ascética*, op. cit., 181.

⁹⁰ Fray Luis de Granada, *Guía de pecadores*, l. II, c. XIII.

⁹¹ García Hoz, *Pedagogía de la lucha ascética*, op. cit., 182.

La pereza no afecta únicamente la esfera física, sino también las facultades del alma. Volvemos a servirnos de las atinadas reflexiones de Balmes: “Como el ejercicio de las facultades intelectuales y morales necesita la concomitancia de ciertas funciones orgánicas, la pereza tiene lugar en los actos del espíritu como en los del cuerpo. No es el espíritu quien se cansa, sino los órganos corporales que le sirven, pero el resultado viene a ser el mismo. Así es que hay a veces una pereza de pensar y aun de querer tan poderosa como la de hacer cualquier trabajo corpóreo. Y es de notar que estas dos clases de pereza no siempre son simultáneas, pudiendo existir la una sin la otra. La experiencia atestigua que la fatiga puramente corporal o del sistema muscular no siempre produce postración intelectual y moral, y no es raro estar sumamente fatigado de cuerpo y sentir muy activas las facultades del espíritu. Al contrario, después de largos e intensos trabajos mentales, a veces se experimenta un verdadero placer en ejercitar las fuerzas físicas cuando las intelectuales han llegado ya a un estado de completa postración. Estos fenómenos no son difíciles de explicar si se advierte que las alteraciones del sistema muscular distan mucho de guardar proporción con las del sistema nervioso”.

Este defecto no hay que tomarlo a la ligera, pues sus consecuencias llegan a menudo a ser graves, según los deberes que, por su causa, se omitan. Es grave si implica una negligencia en deberes graves, leve si los deberes son leves. Pero aun cuando las obligaciones abandonadas sean leves, podría llegar a ser grave su omisión si se convierte en algo habitual y profundo, pues, como dice el Señor: “todo árbol que no produce buenos frutos será arrojado al fuego eterno” (Mt 7,19). El “dar fruto” en la vida, no es algo “optativo” o un lujo que algunos se permiten si quieren. Si leemos la parábola de los talentos con detenimiento (cf. Mt 25, 14-30) veremos que Jesús tenía una opinión no tan matizada sobre el valor de los frutos y del trabajo personal.

Debemos añadir que también puede ser grave si se omiten deberes leves por desprecio formal de la ley (por ejemplo, quien no hace algo leve que le manda su superior porque *desprecia* su autoridad).

Hay que considerar también la gravedad psicológica de la pereza, evaluándola por los efectos que produce en el alma. La molicie

empuja, a menudo, a la duplicidad y a la mentira, porque el culpable de vagancia se ve obligado a excusar sus omisiones o negligencias para no ser reprendido o para justificar sus incumplimientos. Además, cuando no se la combate precipita al alma en un sopor progresivo (como se lee en Pr 19,15: “La pereza hunde en la modorra”). Más aún, conduce a la estupidización, porque, como decía San Gregorio Magno: “cuando se deja de querer obrar bien, se pierde poco a poco hasta el cuidado de pensar bien”⁹². En fin, engendra sobre todo ociosidad, con el cortejo de males que pueden acompañar esta gris cualidad: lujuria, desesperación, tristeza, abatimiento, dejadez, desorden, miseria...

Vuelve a ser Balmes quien nos advierte sobre la fuerza que llega a alcanzar esta pasión, pudiendo superar a muchas otras pasiones por razones singulares: “La pereza, es decir, la pasión de la inacción, tiene para triunfar una ventaja sobre las demás pasiones y es el que no exige nada; su objeto es de una pura negación. Para conquistar un alto puesto es preciso mucha actividad, constancia, esfuerzos; para granjearse brillante nombradía es necesario presentar títulos que la merezcan, y éstos no se adquieren sin largas y penosas fatigas; para acumular riquezas es indispensable atinada combinación y perseverante trabajo; hasta los placeres más muelles no se disfrutan si no se anda en busca de ellos y no se emplean los medios conducentes. Todas las pasiones para el logro de su objeto exigen algo; sólo la pereza no exige nada. Mejor la contentáis sentado que en pie, mejor echado que sentado, mejor soñoliento que bien despierto. Parece ser la tendencia a la misma nada; la nada es, al menos, su solo límite; cuanto más se acerca a ella el perezoso, en su modo de ser, mejor está”.

En fin, la ociosidad –inacción– hace perder el señorío y el control sobre uno mismo, porque, si en el ocioso la inteligencia y la voluntad están inertes, no lo están las facultades inferiores, que quedan libres (por la claudicación de la voluntad) para seguir sus inclinaciones naturales. De ahí que en los perezosos la imaginación y la sensibilidad reinen sin control, desaten la fantasía, provoquen pensamientos

⁹² San Gregorio, *Regla pastoral*, L.III, c.15; *Obras de San Gregorio Magno*, Madrid (1958), 175.

turbios, despierten instintos perversos y arrastren fácilmente a las peores locuras y a las más vergonzosas degradaciones. La Escritura lo testimonia frecuentemente: “Mucho mal enseñó la ociosidad” (Si 33,28); “Este fue el crimen de tu hermana Sodoma:... indolencia de la dulce vida” (Ez 16,49).

¡La “dolce vita”! ¡Qué amargos frutos suele dar!

d) Acedia y rencor

Otro efecto de la acedia es el rencor, que pertenece al irascible, y es entendido por Santo Tomás como “indignación contra las personas que nos obligan, contra nuestra voluntad, a los bienes espirituales que nos contristan”⁹³, es decir, los superiores en la vida religiosa, y, por analogía, los virtuosos y los santos. Y se distingue del odio: “no hay que entender este rencor en el sentido de odio sino como cierta indignación”⁹⁴. El rencor puede nacer tanto de la ira como de la acedia; ahora lo consideramos en cuanto se deriva del fastidio de bien espiritual.

El rencor es resentimiento, animadversión, y tiene por destinatarios no los bienes espirituales sino las personas que nos exigen tender a ellos. Por eso se dirige ante todo a quien tiene autoridad, el superior, el jefe, el que manda; o sea, todos los que nos exigen el cumplimiento de nuestro deber o nos apremian a ser virtuosos: el superior religioso, el confesor, el director espiritual, la autoridad eclesiástica (y a veces la civil), la ley divina y el mismo Dios, legislador supremo.

También puede dirigir su encono a los santos, en cuanto sus ejemplos de heroísmo, de amor a Dios y sobre todo de perfecto cumplimiento del deber diario, nos exhortan a imitarlos. “Es que los santos me acusan”, decía cierta persona para explicar por qué en su biblioteca no había ninguna hagiografía. Pero más que los santos, que podemos considerar todavía demasiado lejanos y singulares, exasperan al acidioso los prójimos virtuosos de carne y hueso que encuentra a su lado, porque con ellos no se puede excusar pensando que la virtud es algo raro o exclusiva de quienes hacen milagros.

⁹³ Cf. Santo Tomás, *De malo*, 11,4.

⁹⁴ Santo Tomás, *Suma Teológica*, II-II, 35, 4 ad 2.

Eso hacía exclamar en sus adentros al mediocre cura don Abbondio, sintiéndose exigido por el virtuoso cardenal Federico Borromeo a no desamparar a sus feligreses a pesar de las amenazas de ciertos injustos poderosos: “¡Cuán cierto es que tanto los santos como los bribones tienen pimienta en el cuerpo, y no contentos con estar ellos siempre en danza, querrían hacer bailar, si pudieran, a todo el género humano!”⁹⁵

El rencor puede tomar la forma de “espíritu crítico”, de murmuración y tirria contra estas personas. Empuja a resaltar sus defectos, como si sus carencias o errores nos eximieran de cumplir con lo que nos mandan o aconsejan. También nos impulsa a encontrarle siempre “pelos al huevo” para denigrarlos y restarles autoridad jerárquica o moral.

El rencor tiene graves consecuencias. Ulcera el alma y genera divisiones y agresiones; empuja al mutismo, a la inmisericordia, a la injusticia, tiende a exagerar los defectos ajenos, a ver agresiones donde no las hay o a agrandarlas donde las hubo. No permite olvidar los agravios, ni perdonar; engendra amargura (expresamente mencionada por san Isidoro), taciturnidad, mucha melancolía; agría el carácter, arruina la virtud y empuja a numerosos pecados.

e) Acedia y odio (malicia)

Al lado del rencor, que significa encono contra las personas que nos exigen tender a los bienes espirituales, Santo Tomás enumera otro vicio que llama “malicia” (*malitia*), consistente en “la indignación y el odio contra los mismos bienes espirituales”⁹⁶.

La tristeza es causa del odio y el odio es causa de la tristeza, en una especie de movimiento circular.

Que el odio nazca de la tristeza, lo explica Santo Tomás al mostrar cómo este se origina de la envidia, que es tristeza del bien ajeno, prima hermana de la acedia (por tanto, si nace de una, con toda razón también surgirá de la otra): “es natural al animal rehuir la tristeza y buscar el placer, como demuestra el Filósofo [Aristóteles]; de ahí

⁹⁵ Véase este magnífico ejemplo de la acedia en el “Don Abbondio” de Manzoni en *I promessi sposi* (Los novios).

⁹⁶ Santo Tomás, *De malo*, 11,4.

que el amor tiene por causa el placer, lo mismo que el odio tiene por causa la tristeza. En efecto, somos inducidos a amar lo que nos deleita en cuanto es aceptado como bueno, del mismo modo que sentimos impulso a odiar lo que nos contrista, porque lo consideramos como malo. En conclusión, siendo la envidia tristeza provocada por el bien del prójimo, conlleva como resultado hacernos odioso su bien, y ésa es la causa de que la envidia dé lugar al odio⁹⁷. Sin embargo, si no me equivoco, se diferencian ambos odios porque el que nace de la tristeza envidiosa, se dirige principalmente a la persona que goza del bien, mientras que el que nace de la tristeza acidiosa es un odio cuyo objeto es el bien espiritual en sí mismo.

Tanta fuerza tiene la acedia que es causa del odio más que la misma ira, de la cual también puede proceder este vicio: “Aunque el odio nazca, a veces, de la ira, sin embargo posee otra causa de la que nace más directamente, a saber: la tristeza, de igual modo que su opuesto, el amor, nace del deleite. Por eso es más correcto decir que el odio nace de la acidia que de la ira⁹⁸.”

Esta es una desembocadura a la que probablemente el acidioso no ha previsto ni ha deseado llegar, pero a la que casi con certeza arribará si no combate con fuerza su acedia. La tristeza o amargura largamente experimentada por una realidad sobrenatural hace que esta termine por volverse odiosa, porque se la considera responsable del estado de fastidio crónico que hunde al acidioso. De ahí que algunas personas terminen por maldecir la vocación consagrada que han abrazado, el celibato al que se comprometieron, el sacramento del matrimonio por el que se vincularon indisolublemente con quien ya no aman...

f) Acedia y disipación

Si las cinco primeras consecuencias de la acedia describen más la reacción dolorosa ante el bien espiritual que se ha tornado decepcionante, esta última representa el escape o la evasión del dolor. San Juan de Ávila considera este caer en el amor del mundo una

⁹⁷ Santo Tomás, *Suma Teológica*, II-II, 34, 6.

⁹⁸ Santo Tomás, *Suma Teológica*, II-II, 158, 7 ad 2.

consecuencia de la tibieza en el darse a Dios: “Si con pereza y tibieza negocia el negocio de Dios, allende de ser desleal al Señor que con tanto ardor de amor negoció nuestro negocio tomando la cruz por nos con gran denuedo, sobrándole amor y faltándole que padecer; más aún: vivirá una vida tan miserable que de penada la haya de dejar; porque como el tibio no goza de placeres de mundo por haberlos dejado con un poco de buen deseo, y como por falta de diligencia no goce de los de Dios, está como puesto entre dos contrarios, que cada uno le atormenta por su parte, padeciendo desconsuelos gravísimos que le hacen, en fin, dejar el camino y con miserable consejo buscar «las cebollas de Egipto» (Núm 11,5) que ya dejó, porque no puede sufrir la aspereza del desierto”⁹⁹.

El Aquinate define genéricamente este vicio como “evagatio circa illicita, in quibus animus carnalis delectatur”¹⁰⁰, es decir, divagación por lo prohibido que deleita el ánimo carnal. Divagar significa sencillamente vagar, merodear, revolotear, girar. Los objetos “ilícitos” a que aquí se alude no son necesaria ni únicamente los placeres de la carne, sino todo aquello que busca el “animus carnalis”, el espíritu carnal, que es el espíritu mundano.

No pensemos solo en el sexo, la comida y la bebida, puerto al que, indudablemente, llegan muchos acidiosos, sino en algo más amplio, como es todo cuanto pueda producir algún modo de contento sensible, de escapatoria del tedio, de evasión del aburrimiento. No siempre son realidades en sí mismas pecaminosas, y por esta razón algunas personas no perciben inicialmente el peligro y el daño de sus actos.

Los desórdenes que mencionaba san Isidoro, y que Santo Tomás ve reducibles a este *vagar* nos muestra a las claras de qué se trata:

- Curiosidad
- Verbosidad
- Inquietud corporal
- Inestabilidad local y variabilidad de proyectos.

⁹⁹ San Juan de Ávila, *Epistolario*, carta 138, en: *Obras completas*, t. V, Madrid (1970), 513.

¹⁰⁰ Santo Tomás, *De malo*, 11, 4.

Magníficas descripciones al respecto debemos a los grandes recopiladores del monacato primitivo, como pudimos observar en los relatos de Evagrio y Juan Clímaco. El acidioso, aunque no sea capaz de realizaciones concretas, deja que su imaginación construya castillos en el aire, en los que él es protagonista de cuanto no hace en la vida real. Esto no sólo representa una pérdida de tiempo sino que suele terminar siendo ocasión de pecado.

Esta divagación puede verificarse en todos los órdenes. En la locuacidad de la conversación, en el fárrago de las palabras, en las conversaciones largas y ociosas malgastan el tiempo y fácilmente desembocan en indiscreciones y revelaciones de noticias que se sabían confidencialmente; otras veces desaguan en murmuraciones, imprudencias, ligerezas, etc.

El deseo natural de conocimiento se torna curiosidad: afán de saber lo que no se debe saber, o de conocimiento superficial, para lo cual las posibilidades abiertas actualmente por Internet se vuelven una trampa mortal. Vivimos en el reino de la superficialidad, de la curiosidad, del fisgoneo. Y en el mejor de los casos se ha cambiado la lectura de las verdaderas fuentes del saber (los grandes autores, los clásicos del pensamiento, los gruesos libros...) por búsquedas apresuradas en artículos de segunda, en revistas o folletines electrónicos, en textos de los que se desconoce el valor, los fundamentos, la autoridad... terminando por hacerse discípulos de necios, de marrulleros o de locos.

La acedia engendra ese tipo de personas inquietas, que no pueden realizar con sosiego ninguna actividad, y que se ven asaltados constantemente por la necesidad de moverse, de interrumpir lo que están haciendo y comenzar hacer otra cosa; los que leen escuchando música al tiempo que chatean y se preparan un café... y (dicen que) rezan (?).

También los que no pueden estar en un solo lugar por mucho tiempo, que necesitan girar de aquí para allá, como aquellos monjes que la tradición llamó *giróvagos*, yendo de un lado para otro, entorpeciendo la labor del prójimo, interrumpiendo a los demás, o arrastrándolos en su afán de perder tiempo (o sea, de pasar el tiempo para huir del tedio). “Puede suceder, dice Larchet remitiéndose a Evagrio Póntico y Juan Casiano, que la acedia inspire, al que está

afectado de ella, una aversión intensa y permanente por el lugar en que reside, dándole motivaciones para estar descontento y que lleve a creer que estaría mejor en otro lugar”¹⁰¹. Esto suele darse en religiosos que siempre piensan que ellos estarían mejor en otro destino diverso del que les ha asignado su congregación y la Providencia... y vuelven a pensar lo mismo cuando sus superiores, a muchas insistencias, aceptan enviarlos donde aquellos pedían, para volver a repetirse el mismo fenómeno después de un lapso de tiempo. No es el lugar exterior sino lo que ellos llevan consigo lo que está enfermo, es decir: su corazón vacío o nublado.

Igualmente en la inestabilidad de propósitos, siempre haciendo planes que nunca se llevan a término, aunque se comiencen para abandonarlos a medio camino.

Y en todo este fárrago de actividades, afectos y pensamientos, de aletear como las mariposas de flor en flor (de internet a revistas y de radio a televisión...) ¿quién puede estar largo tiempo sin encontrarse cara a cara con alguna ocasión de pecado mortal? ¿Y quién puede toparse repetidamente con ocasiones *libremente buscadas o permitidas* sin consentir alguna vez? ¿Y quién puede, si esto se torna repetitivo, evitar que se le forme un hábito vicioso? ¡Cuántas historias de esclavos de la lujuria (hoy en día especialmente de adicción a la pornografía) han transitado este sendero que va de la acedia al *Segundo Círculo* del infierno dantesco, el de los *incontinentes*!

¹⁰¹ Larchet, *Terapia delle malattie spirituali*, op. cit., 196.

11. Los remedios contra la acedia

En una página, por cierto interesantísima, hablando del mal experimentado por sí mismo en el estado de acedia, el gran Petrarca hizo una observación de notable importancia respecto de una tendencia que la acedia tiende a instalar en el alma. Dice el Poeta: “Esta peste me asalta con tal fuerza y me tiene vencido y me atormenta por días y noches; y mi jornada, entonces, no tiene más luz ni vida y se torna en todo semejante a una noche infernal y a una muerte crudelísima. Y –lo que puede decirse el colmo de las miserias– me apaciento de tal manera de lágrimas y dolores, y con un placer tan funesto, que después solo me alejo de mala gana”¹⁰².

Cucci, de quien tomamos la cita, señala: “Petrarca introduce en este texto una sutil observación desde el punto de vista psicológico: hay un apego a la acedia, al estado de ánimo triste, y es por eso que el deprimido, aun sufriendo pesadamente por causa de ella, sin embargo advierte al mismo tiempo una fuerte resistencia a renunciar a este estado, al punto de afeccionarse a él. Como ha sido verificado por la investigación psicológica, la acedia, como toda forma de pesar y disturbio, comporta también ventajas, por lo cual, a pesar del sufrimiento, a la persona le cuesta librarse de ella. En efecto, constituye una manera dolorosa pero *conocida* de interpretar y afrontar las dificultades de la vida y de este modo dar respuestas al propio disgusto, aun teniendo que pagar un alto precio”¹⁰³.

En realidad, esto lo había advertido ya Santo Tomás al decir que la tristeza puede causar placer, porque “a veces un contrario

¹⁰² Petrarca, *Secretum*, II, 13.

¹⁰³ Cucci, Giovanni, *Il fascino del male. I vizi capitali*, 322-323.

es accidentalmente causa de su contrario”; razón por la cual “las lágrimas que se originan de la tristeza pueden ser deleitables”¹⁰⁴. De ahí que el llorar, para el triste, pueda ser causa de delectación¹⁰⁵. El problema es que algunos se aficionan a este placer en cierto modo morboso, y por tanto, peligroso. Hay personas que no solo penan de tristeza sino que... no quieren romper totalmente con su hábito de llorar y lamentarse. Es una forma de autocompasión que crea una dependencia que llega a veces a ser neurótica¹⁰⁶.

Esto nos muestra la importancia de actuar enérgicamente contra la acedia, especialmente cuando se ha instalado en el alma, de lo contrario, se da el riesgo de que el alma no tenga fuerzas, *ni quiera*, luego, salir de ella.

Los principales remedios para luchar contra la tentación de la acedia o contra la acedia ya instalada son de diverso tipo y se deducen de las notas que hemos expuesto anteriormente.

a) Remedios preparatorios

Los llamo así porque no son específicos contra la acedia, pero sin ellos es imposible enfrentarla. Son dos.

El primero es aprender a vivir en el silencio exterior, es decir, tratar de acallar el ruido que nos rodea, en la medida en que esto dependa de nosotros. Al menos todos podemos *no causar ruido innecesario*. Por “ruido” entiendo también el movimiento innecesario. Es importantísimo aprender a callar, a buscar lugares tranquilos, a permanecer en un lugar sin moverse, a perseverar en una sola ocupación hasta terminarla. Tenemos que aprender a no parlotear innecesariamente, es decir, evitar la charlatanería y el hablar hueco

¹⁰⁴ Cf. Santo Tomás, *Suma Teológica*, I-II, 32, 4 y ad 1.

¹⁰⁵ “Porque la operación que conviene al hombre según la disposición en que se encuentra le es siempre deleitable. Ahora bien, el llanto y los gemidos son operaciones que convienen al hombre entristecido o con dolor, y, por tanto, se le hacen deleitables. Así, pues, puesto que toda delectación alivia de alguna manera la tristeza o dolor, como se ha dicho (a.1), se sigue que la tristeza se alivia por el llanto y los gemidos” (Santo Tomás, *Suma Teológica*, I-II, 38, 2)

¹⁰⁶ El tema lo ha sido estudiado muy bien, bajo el nombre de “enfermedad de la queja”, o “neurosis de autocompasión”, por Gerard Van Den Aarweg en su libro: *Homosexualidad y esperanza*, Navarra (1997),

y sin contenido. Nuestro tiempo se caracteriza por la “locuacidad” y “la inflación de palabras”¹⁰⁷ y debemos diferenciarnos de él. Tenemos que aprender a vivir momentos especiales de sosiego, sin radio, sin televisión, sin música... A muchas personas el silencio se les ha tornado amenazante y le temen; no lo quieren porque cuando no hay nada exterior que escuchar, *hay que oír lo que suena dentro*, es decir, pensar, reflexionar y rezar. ¡Y tantos ignoran cómo hacerlo! Huyen, pues, encendiendo la radio, tapando el silencio con su música digital, subiendo el volumen de la televisión, aunque estén trabajando o cocinando en otra habitación...

Todo esto es pleno entrenamiento para la acedia o es simple y llanamente acedia.

El segundo pre-remedio es conseguir que las facultades imaginativas trabajen ordenadamente, en particular la fantasía y la memoria. Por este motivo, uno de los pasos fundamentales que tienen que dar muchas personas que carecen de control en su imaginación es aprender a dominarla y repeler las ideas parásitas. Hay muchos métodos para esto, entre los cuales, uno de los más célebres (y acorde a la sana psicología), es el del médico suizo Roger Vittoz, divulgado ampliamente por el P. Narciso Irala; a las obras de este último remito para este punto¹⁰⁸.

b) La búsqueda del silencio interior

La acedia no se vence sino aprendiendo a buscar y amar el verdadero silencio interior; de ahí la importancia de este trabajo, como enseña San Juan de la Cruz: “...Mejor es aprender a poner las potencias en silencio y callando para que hable Dios, porque... para este estado las operaciones naturales se han de perder de vista, lo cual se hace, como dice el profeta, cuando venga el alma, según estas potencias, a soledad y le hable Dios al corazón (Os 2,14)”¹⁰⁹. Y:

¹⁰⁷ Cf. Benedicto XVI, *Homilía a los miembros de la Comisión Teológica Internacional*, 6/10/2006.

¹⁰⁸ Cf. Irala, Narciso, *Control cerebral y emocional*, Buenos Aires (1994) 112ª ed.; Ídem, *Eficiencia sin fatiga*, Buenos Aires (1994), 10ª ed.

¹⁰⁹ San Juan de la Cruz, *Subida*, 3, 3,4.

“El hablar distrae, y el callar y obrar recoge y da fuerza al espíritu... Para guardar el espíritu, no hay mejor remedio que padecer y hacer y callar, y cerrar todos los sentidos con uso e inclinación de soledad y olvido de toda creatura y de todos los acaecimientos, aunque se hunda el mundo...; porque imposible ir aprovechando, sino haciendo y padeciendo virtuosamente, todo envuelto en silencio... La mayor necesidad que tenemos es de callar a este gran Dios con el apetito y con la lengua, cuyo lenguaje, que Él oye solo, es el callado amor”¹¹⁰.

¿Cómo se logra? Ante todo con el recogimiento profundo. No sobrecargarse de ocupaciones innecesarias. Ser generosos y dispuestos para todo; pero no caer en el activismo. Dice Santa Teresa: “Procure dar de mano a las cosas y negocios no necesarios, cada uno conforme a su estado. Que es cosa que le importa tanto para llegar a la morada principal, que si no comienza a hacer esto, lo tengo por imposible”¹¹¹.

A más de esto, hay que recurrir a la oración asidua (frecuente) y prolongada (larga). Y se debe sumar la mortificación de los afectos como destaca San Juan de la Cruz: “Olvidadas todas las cosas, no hay cosa que perturbe la paz ni que mueva los apetitos, pues, como dicen, lo que el ojo no ve el corazón no lo desea”¹¹².

c) Reverdecer el amor por el bien espiritual

Siendo la acedia, esencialmente, un pecado contra el gozo de la caridad, se vence remozando la caridad hacia Dios y hacia los dones por los que Dios se nos participa: la gracia, los dones del Espíritu Santo, los mandamientos divinos, los consejos evangélicos...

El bien parece bueno a quien lo percibe como bueno; y esto no se puede lograr sin trabajar nuestra valoración del bien. Es necesario, pues, meditar mucho para poder justipreciar los dones sobrenaturales. Dice Santo Tomás: “Cuanto más pensamos en los bienes espirituales, tanto más placenteros se nos vuelven, y con esto cesa la acedia”¹¹³.

¹¹⁰ San Juan de la Cruz, *Epístola 8*, A las carmelitas de Beas.

¹¹¹ Santa Teresa, *Moradas*, I, 2, 12.

¹¹² San Juan de la Cruz, *Subida*, 3, 5, 1.

¹¹³ Santo Tomás, *Suma Teológica*, II-II, 35, 1 ad 4.

Para conseguir esto es fundamental, ante todo, “la escucha amante de la Palabra divina” (*diligens divini verbi auditio*), porque “oyendo las bondades de alguna realidad, nos encendemos de amor de ella; y por eso oyendo las Palabras de Dios, ardemos de amor por Él. Por eso dice el Salmo: «La palabra de Dios lo inflamaba» (Sal 104,19); y los discípulos de Emaús lo experimentaron de Cristo gran exegeta cuando dicen: «¿Acaso no ardía nuestro corazón mientras nos hablaba en el camino abriéndonos de la Escrituras?» (Lc 24,32). Y por eso se lee que mientras predicaba Pedro, el Espíritu Santo descendió sobre los oyentes de la palabra divina (cf. Hch 10)”¹¹⁴.

A esto hay que añadir “la continua meditación de los beneficios divinos... Por tanto, si quieres conseguir el amor divino, medita sus bienes. Sería demasiado duro de corazón quien meditando en los beneficios divinos que ha recibido, en los peligros de los que ha sido salvado, y en la felicidad eterna que se le promete, no se encendiera en amor de Dios... Y hablando en general, así como los malos pensamientos destruyen la caridad, del mismo modo los buenos nos hacen adquirirla, nutrirla y conservarla”¹¹⁵.

Verse objeto del amor de Dios es el fin, por ejemplo, de la “Contemplación para alcanzar amor” con que San Ignacio concluye sus *Ejercicios Espirituales*.

Pero a la meditación hay que sumar las determinaciones prácticas: “Hay dos cosas que aumentan la caridad que uno ya posee. Lo primero es separar el corazón de las cosas mundanas. Porque el corazón no puede dirigirse con toda su fuerza a cosas opuestas; por eso nadie puede amar a Dios y al mundo. De ahí que cuanto más se aleja nuestro ánimo del amor de las cosas terrenas, tanto más se afianza en la dilección divina... Por tanto, trabaje en disminuir sus ansias (terrenas) quien desee fomentar su caridad. Es el ansia un afán de alcanzar y poseer bienes temporales. El punto de arranque para hacerla decrecer es el temor de Dios, único que no puede ser temido sin amor... Contribuye en segundo lugar a acrecentar este amor el sufrir con gran paciencia la adversidad. Por experiencia sabemos que, cuando soportamos pruebas difíciles por alguien a quien quere-

¹¹⁴ Santo Tomás, *In duo praecepta caritatis*, Proemium.

¹¹⁵ *Ibidem*.

mos, no se derrumba el amor, sino que crece. «Las aguas torrenciales (esto es, abundantes tribulaciones) no pudieron apagar el amor» (Ct 8,7). Y así los santos, que soportan por Dios contrariedades, se afianzan en su amor con ello; es como un artista, que se encariña más con la obra que más sudores le cuesta. Por consiguiente, los fieles, cuantas más aflicciones sobrelleven por Dios, tanto más se elevan en amor a Él: «Se acrecentaron las aguas (es decir, las tribulaciones), y elevaron el arca» (Gn 7,17), esto es, la Iglesia, o el alma del justo¹¹⁶.

En suma, todos los medios para acrecentar la caridad son remedios para vencer la acedia: la vida fraterna, la misericordia, el trato asiduo con la Eucaristía, la oración perseverante, la lectura sabrosa de la Sagrada Escritura, etc.

d) Tornar a lo esencial

No se puede campear la acedia desde la mediocridad, por lo que el acidioso que ambicione cambiar su estado debe plantearse y reflexionar “las cuestiones esenciales del hombre esencial”, como decía Fabro. La primera de las cuales es el “problema de Dios”, al que aludía fundamentalmente el citado autor. No se puede dejar atrás las fronteras de la acedia sin bajar al fondo del alma y tomar contacto consigo mismo, con lo más profundo de uno, donde surgen las inquietudes esenciales y existenciales: sobre Dios, sobre la propia libertad, sobre la existencia, sobre la vida y la muerte. El hombre no se enferma por hacerse preguntas, sino por no querer hacerlas o por no sentir necesidad de hacerlas. Todas las preguntas apremiantes de San Agustín en su angustiosa búsqueda de la Verdad encontraron respuesta, porque realmente *buscaba la Verdad* y estaba dispuesto a abrazarla aunque le doliera.

Es necesario reflexionar sobre la seriedad de la vida y sobre su *brevedad*; sobre el bien que podemos hacer y sobre los dones y talentos que hemos recibido para hacerlos fructificar (¿no tienes diez sino uno solo?; entonces, ¡tienes al menos uno!; enciende un fósforo en lugar de maldecir inútilmente las tinieblas).

¹¹⁶ Ibídem.

Hay que plantearse el sentido de la existencia y aceptar los límites de nuestra vida... y esperar la ilimitación solo en la eternidad.

En parte, aunque no sea toda la solución, la acedia se enfrenta con más Platón y menos Prozac¹¹⁷.

e) La lucha ascética

Como la acedia se relaciona con la huida del sufrimiento, y por tanto, con el amor sensual y la pereza del alma, se la combate también con la penitencia, especialmente mortificando aquello que es más propio de la acedia: la constante movilidad, la curiosidad, la verbosidad... Dice, así, Garrigou-Lagrange: “Nos es preciso tener una gran generosidad en el amor a Dios e imponernos cada día algunos sacrificios precisamente en la materia en que nos veamos más flojos e imperfectos. En este negocio, sólo el primer paso se hace cuesta arriba. Después de una semana, la cosa es ya más fácil, por ejemplo, levantarse a una hora fija y mostrarse amable con los demás... Algunos sacrificios hechos cada día serán gran parte a dar a nuestra vida espiritual tonalidad y vigor. Y así volverá paso a paso el fervor fundamental y la presteza de la voluntad en el servicio de Dios”¹¹⁸.

Y como madre de la pereza, valen para la madre, los remedios generales con que se combate la hija: la firmeza de propósitos; el combate decidido contra el ocio obrando por medio de la lectura espiritual, la Salmodia, el trabajo manual, la oración y las obras buenas de todo género. Dice Alcuino que el diablo tienta más difícilmente a quien nunca está ocioso¹¹⁹. Y Casiano, apela a la experiencia para resaltar la resistencia antes que la huida: “Es algo experimentado que se impugna la acedia no huyendo sino resistiendo”¹²⁰.

¹¹⁷ Aludo al libro de Lou Marinoff, *Más Platón y menos Prozac* (2000), que alude a la eficacia de la filosofía para enfrentar algunos problemas de orden psicológico. Al menos, es muy importante en la lucha contra la acedia como vacío existencial. El *Prozac*, como muchos saben, es uno de los antidepresivos más usados en las últimas décadas.

¹¹⁸ Garrigou-Lagrange, *Las tres edades de la vida interior*, op. cit., t. I, 456.

¹¹⁹ Cf. Alcuino, loc. cit., col. 635.

¹²⁰ Casiano, *De instit. caenob.*, XI, 25; PL 49,398.

f) La correcta actitud en la desolación

Como la tentación de la acedia puede ser parte de las desolaciones con que Dios purifica el alma¹²¹, conviene también considerar todos los motivos por los cuales la desolación nos es provechosa: como purificación de nuestros pecados, para que experimentemos realmente lo que es de Dios en nosotros y los límites que tiene nuestra acción sin la ayuda y consuelo de Dios, para reparar nuestras negligencias y lentitudes, y para hacernos crecer en la humildad.

La acedia se purifica fundamentalmente en la “noche pasiva del sentido”, es decir, en las purificaciones a las que Dios sujeta al alma. Se trata de una gracia purificadora a la que el alma debe responder con docilidad y paciencia. Lo explica San Juan de la Cruz en su “Noche oscura”: “Acerca de las imperfecciones de los otros tres vicios espirituales que allí dijimos que son ira, envidia y acidia, también en esta sequedad del apetito se purga el alma y adquiere las virtudes a ellas contrarias; porque, ablandada y humillada por estas sequedades y dificultades y otras tentaciones y trabajos en que a vueltas de esta noche Dios la ejercita, se hace mansa para con Dios y para consigo y también para con el prójimo; de manera que ya no se enoja con alteración sobre las faltas propias contra sí, ni sobre las ajenas contra el prójimo, ni acerca de Dios trae disgusto y querellas descomedidas porque no le hace presto bueno... Las acidias y tedios que aquí tiene de las cosas espirituales tampoco son viciosas como antes; porque aquéllos procedían de los gustos espirituales que a veces tenía y pretendía tener cuando no los hallaba; pero estos tedios no proceden de esta flaqueza del gusto, porque se le tiene Dios quitado acerca de todas las cosas en esta purgación del apetito”¹²².

¹²¹ Cf. San Ignacio, Ejercicios Espirituales, n. 322.

¹²² San Juan de la Cruz, *Noche oscura*, I, c. 13, 7 y 9.

12. Redondeando

Advertir que uno es asaltado de *tentaciones* de acedia no indica otra cosa sino que uno tiene vida espiritual. No experimentar ninguna tentación de acedia puede significar que uno está viviendo momentos de consolación (y por tanto, que debe prepararse para la desolación¹²³) o que carece hasta tal punto de vida espiritual (sumergido en los sentidos) que ni siquiera percibe la desazón del espíritu. Y experimentar la acedia *instalada en el alma* es signo claro de que está viviendo de modo superficial y quizá, que ha caído en la tibieza y en la mediocridad. Es una advertencia para que reaccione mientras hay tiempo.

El gran maestro Dante describe en su *Purgatorio* una turba de almas en vida acidiosas y ahora espoleadas por el deseo de purificarse amando el bien; almas, pues, *cui buon volere e giusto amor cavalca*¹²⁴ (a quienes jinetea el bien querer y el justo amor). Estas van llorando sus viejas tibiezas que acrisolan meditando ejemplos de caridad presta y diligente, como la sobrenatural de María Santísima al subir a la montaña de Judea en busca de Isabel, y la humana de César al acudir a Lérida para enfrentar a sus enemigos.

*“Ratto, ratto che’l tempo non si perda
per poco amor!” gridavan li altri appresso;
“chè studio di ben far grazia rinverda”*¹²⁵.

¹²³ “El que está en consolación piense cómo se habrá [= comportará] en la desolación que después vendrá, tomando nuevas fuerzas para entonces” (San Ignacio de Loyola, *Ejercicios Espirituales*, n. 323).

¹²⁴ Dante, *Divina Commedia*, *Purgatorio*, XVIII, 95.

¹²⁵ *Ibidem*, XVIII, 103-105.

(“«Pronto, pronto, que el tiempo no se pierda por poco amor» exclamaban otros en pos; «que el afán de bien obrar reverdezca la gracia»). Es el afán (*studio*), empeño enérgico, de hacer el bien, el que puede rejuvenecer la gracia y la virtud cuando se han marchitado por la acedia. Por eso les canta el Poeta más adelante:

*O gente in cui fervore aguto adesso
ricompie forse negligenza e indugio
da voi per tepidezza in ben far messo...*

(“¡Oh almas a quienes el agudo fervor quizá restaura ahora la negligencia y la tardanza que por tibieza empleasteis en el bien!”). Y ellos le contestan:

*“Noi siam di voglia a muoverci sì pieni,
che restar non potem...”*

(“Tanta hambre de avanzar nos colma, que detenernos no podemos”...). Es ese deseo de avanzar en la virtud, movidos por la gracia y amor del Bien Sobrenatural que es Dios, el gran acicate que purifica del vicio de la acedia.

ÍNDICE

1. Acedia pasional y acedia espiritual	5
<i>a) Acedia sensible</i>	5
<i>b) Acedia racional</i>	8
<i>c) Acedia (anti)teologal</i>	9
2. Tedio y ansiedad de corazón	13
3. “L'accidioso fummo”. Fenomenología acidiosa	17
4. Psicología de la acedia	21
5. El objeto de la acedia	25
6. Causas de la acedia	29
7. La acedia como pecado y como tentación	33
<i>a) Todo movimiento de acedia es en sí mismo desordenado</i>	33
<i>b) Pero solo es pecado al ser aceptada por la voluntad</i>	34
<i>c) La acedia voluntaria</i>	35
<i>d) ¿Pecado “mortal”?</i>	36
8. Los acidiosos	37
9. La acedia, madre prolífica	41
10. Las hijas de la acedia	45
<i>a) Acedia y desesperación</i>	47

<i>b) Acedia y pusilanimidad</i>	49
<i>c) Acedia y pereza</i>	51
<i>d) Acedia y rencor</i>	57
<i>e) Acedia y odio (malicia)</i>	58
<i>f) Acedia y disipación</i>	59
11. Los remedios contra la acedia	63
<i>a) Remedios preparatorios</i>	64
<i>b) La búsqueda del silencio interior</i>	65
<i>c) Reverdecer el amor por el bien espiritual</i>	66
<i>d) Tornar a lo esencial</i>	68
<i>e) La lucha ascética</i>	69
<i>f) La correcta actitud en la desolación</i>	70
12. Redondeando	71
Colección Virtus	75

Colección Virtus

/1 EL EXAMEN PARTICULAR DE CONCIENCIA

INSTRUMENTO PARA EL TRABAJO ESPIRITUAL Y PARA
LA CORRECCIÓN DE LOS DESÓRDENES AFECTIVOS

/2 CEGÓ SUS OJOS (Jn 12,40)

EL JUICIO PROPIO

/3 DUC IN ALTUM!

ESENCIA Y EDUCACIÓN DE LA MAGNANIMIDAD

/4 DE LOBOS A CORDEROS

EDUCACIÓN Y GRACIA

/5 LAS IDEAS “SUBTERRÁNEAS” Y LA EDUCACIÓN

PAUTAS PARA PADRES Y EDUCADORES

/6 LA MADUREZ AFECTIVA Y SEXUAL DE JESÚS DE NAZARET

/7 CRISIS DE PATERNIDAD

EL PADRE AUSENTE

/8 NUESTROS MIEDOS

/9 EL PADRE REVELADO POR JESUCRISTO

/10 EL CAMINO DEL PERDÓN

/11 LAS ADICCIONES

UNA VISIÓN ANTROPOLÓGICA

/12 NATURALEZA Y EDUCACIÓN DE LA HUMILDAD

TRES ENSAYOS SOBRE LA HUMILDAD

/13 LA MADUREZ DE JESUCRISTO

EL HOMBRE A LA LUZ DEL SERMÓN DE LA MONTAÑA

/14 MEDITACIONES SOBRE DIOS PADRE

/15 LA SUPERFICIALIDAD

/16 ¡QUIERO!

EDUCACIÓN DE LA VOLUNTAD

/17 CONFIAD SIEMPRE EN DIOS (SALMO 62,9)

PSICOLOGÍA Y ESPIRITUALIDAD DE LA CONFIANZA

/18 MADURACIÓN DE LA PERSONALIDAD

/19 PORNOGRAFÍA Y PORNOPATÍA

RADIOGRAFÍA DE UN CÁNCER SOCIAL CONTEMPORÁNEO

/20 LA ACEDIA

APUNTES PSICOLÓGICOS Y ESPIRITUALES DEL “MAL DEL DESENCANTO”

Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de
Ediciones del Verbo Encarnado

19 de marzo de 2013
Solemnidad de San José
Esposo de la santísima Virgen María

EDICIONES DEL VERBO ENCARNADO

El Chañaral 2699 – CC 376 – (5600)

San Rafael – Mendoza – Argentina

Tel: (0260) 4430451

www.edicionesive.com.ar

ediciones@iveargentina.org

